



TALLER DE ESCRITURA PERONISTA

Leopoldo, Rodolfo, Aurora
y nosotros

INSTITUTO
PATRIA
PENSAMIENTO, ACCIÓN Y TRABAJO
PARA LA INCLUSIÓN AMERICANA

Diciembre de 2025

TALLER DE ESCRITURA

PERONISTA

LEOPOLDO, RODOLFO, AURORA
y nosotros



Diciembre de 2025

Un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo y en su país es una contradicción andante; y el que comprendiendo no actúa, tendrá un lugar en la antología del llanto, no en la historia viva de su tierra.

Rodolfo Walsh

¿Quién mató a Rosendo?

Decir peronismo fantástico es redundante, como lo sería decir agua húmeda o fuego caliente. La verdad número veintiuno [...] debería ser la siguiente: el peronismo es fantástico... o no es nada.

Marcelo Figueras

Del peronismo como rama de la literatura fantástica

PRESENTACIÓN

La poderosa música del lenguaje para pensarnos patria, país, comunidad, pueblo que sueña, ama, lucha y construye sin detenerse su propio destino es sin duda alguna una maravillosa herramienta que enriquece y crea conciencia.

El Instituto Patria, como parte del ciclo de formación coordinado por Claudia Bernazza, realizó durante el 2025 un taller de Escritura Peronista que se centró principalmente en las obras de Leopoldo Marechal, Rodolfo Walsh y Aurora Venturini.

La propuesta incorporó desde el vamos la escritura de todos y todas quienes participaban en el taller. Un nosotros, nosotras que le dio carácter plural al material reunido en este libro. Lo convirtió en coral y por eso mismo en algo amorosamente colectivo. Las charlas que antecedieron a cada uno de los talleres estuvieron dadas por escritores y pensadores de enorme trayectoria, lo que sumó excelencia y compromiso a la propuesta.

La idea de dejar plasmado este trabajo que implicó convicción, esperanza y alegría nos enorgullece. Este material estará al alcance de quienes deseen consultarlo en formato PDF.

El peronismo tiene vocación de colmena porque sabe que nadie se salva solo. La historia la seguiremos escribiendo desde esa certeza y desde la clara y precisa mirada de nuestra conductora Cristina Fernández de Kirchner, que sigue llamándonos a la lucha con cabeza, corazón y coraje.

TERESA PARODI
Instituto Patria

AGRADECIMIENTOS

Durante las noches de agosto a octubre de 2025, un puñado de personas nos reunimos a hablar sobre literatura y ensayar alguna escritura personal. Nos reunimos al calor del Instituto Patria, por eso escribir fue el resultado de un fogón peronista. Arrimados a ese fuego, escribimos sobre nosotros, sobre nuestro tiempo y sobre el territorio que habitamos. Las convicciones se colaron entre los renglones, también algún insulto.

Esta antología reúne las poesías y los textos que nacieron de esos insomnios. Sin pretensión de Parnaso, aquí nos presentamos escribiendo a la manera peronista, si hay una manera.

Vaya un agradecimiento a las autoridades del Instituto Patria, en especial a su presidente, Oscar Parrilli, por cobijarnos. También a las coordinadoras y a los escritores y escritoras que nos acompañaron. A Hernán Brienza, Marcelo Figueras y Cintia Rogovsky, quienes hicieron presentes a Leopoldo Marechal, Rodolfo Walsh y Aurora Venturini regalándonos la certeza de un lugar en la literatura argentina. A María Urrutia, Paloma Sánchez, Luciano Ciruzzi y Sergio Suárez, por acompañar esta travesía. A Mary Kobrak, por abrir pantallas y facilitar vínculos. A Milena Sesar, por sus correcciones atentas a los textos que fueron llegando.

Y que este abrazo hecho de palabras le llegue a Ella, la memoria viva de lo mejor que fuimos.

CRISTINA LIBRE.

CLAUDIA BERNAZZA
Coordinadora Taller
Escritura Política (y Peronista)

ÍNDICE

El proceso del taller María Urrutia	9
Marechal en nuestras vidas Hernán Brienza	12
Borges y Marechal: breve punteo sobre una relación Luciano Ciruzzi	15
El secreto mejor guardado de la literatura argentina: apuntes sobre Rodolfo Walsh Marcelo Figueras	17
Escribir para respirar: Aurora Venturini Cintia Rogovsky	27
La producción editorial	29
LEOPOLDO Y NOSOTROS	30
La edad inesperada María Cristina Catano	31
Geografías Milena Sesar	33
Autocrítica Luciana Alejandra Ciccone	35
Rugidos Teresa Perri Pelle	37
El barro Viviana Ardiles	38
Tu nombre Carolina Kolkowski	40
Nuestra mesa Edgardo García	41
La palabra que me pronuncia Silvana Laura Correia	43
El balcón Eduardo Luis Jaureguy	46
Rastros de la pandemia Silvia Mónica Frías	49
Estación viento Marcela Barrenti	51
Demasiados duelos Patricia Galván	52
Patria Juan Esteban Wentzel	54

RODOLFO Y NOSOTROS	56
Otro 24 de marzo Natalia Pizarro	57
Un mal cuento Alejandra Melnik	59
La economía del despojo José Mauricio Gurovich	62
Con lo que cuesta armar un full César Marchetti	65
De ucronías, distopías y utopías Néstor Petruccelli	68
Juntos Marcelo Alberto Salleses	71
La partida Carlos Cagni	73
Un día que empezó la noche anterior Leonardo Amaro Reyes Aguilera	75
Cuadros Leopoldo Mario Piazza	77
11:11 Valentín Mastrangelo	80
Sin pronunciar su nombre Gerardo Lapilover	82
Triunfo en Monte Caseros Juan Alberto Zandona	84
Una baldosa para Blanca Mabel Seguro	86
AURORA Y NOSOTROS	89
La mujer del carro (sombras y estampitas) Analía Delgado	90
Invisible Marta N. Luperini	92
El santo propio Alicia Panella	94
La mujer rubia Lilia M. Larrodé	96
Querosén y eucalipto Myriam Peradotto Jara	97
Una familia antiperonista Martina Fernández de Lorenzutti	100
Ella me quería Lucía Borello Taiana	103
Elogio de encontrar(la) Milena Peroni	105
Los panfletos Julia López	107

El hedor del río	Santiago García	112
Villa Celina, once pabellones	Gabriela V. Schinocca	114
El test	Alejandra Hoher	116
Una gata peronista	Sergio Suárez	119
El peronismo es esto	Teresa Parodi	121

EL PROCESO DEL TALLER

Como recurso, la escritura es también un poder.
Aurora Venturini

En tiempos de sociedades cansadas y amores líquidos, discursos diluidos, *fake news* (aunque mejor, noticias falsas), relativización de principios e ideales, algoritmos que nos arrastran, adicción al tik tok, avalancha de ruido superficial, quisimos reflexionar sobre el valor y el poder de nuestras palabras.

¿Por qué no convocarnos para recordar y resignificar a nuestros pensadores y escritores? ¿Por qué no inspirarnos en sus sueños para decir los nuestros? ¿Qué nos impide juntarnos para usar el poder de nuestras historias?

Así nace esta convocatoria que recibe una enorme respuesta: desde el norte coya hasta las montañas y los lagos del sur, desde la pampa hasta el litoral, desde el Conurbano profundo y la capital multifacética, los lápices volvieron a escribir.

Teníamos que elegir autores que nos acompañaran en la ruta. Fue difícil teniendo tantos maestros de la historia, la militancia, la mística y la memoria. Optamos por aquellos que fueron militantes de causas nacionales ante quienes la literatura “de salón” cayó rendida. Elegimos tres gigantes que, además de hablarnos al oído, utilizaron los recursos literarios con originalidad y excelencia.

Por eso, aquí vinieron a movernos el tablero:

- **Leopoldo Marechal:** Primer Premio Municipal de Poesía en 1929 por *Odas para el hombre y la mujer*, Primer Premio Nacional de Poesía por *El centauro* y *Sonetos a Sophia* (publicado en 1940) y Primer Premio Nacional de Teatro por *Antígona Vélez* (estrenada en 1966). También obtuvo el Tercer Premio Nacional de Poesía por *Laberinto de amor* y *Cinco poemas australes*, y más allá de nuestras fronteras el Premio Internacional Antonio Viccaro (Canadá, 2017) por la traducción al francés de su libro *Esperan la mañana verde*. Premio del Instituto Literario y Cultural Hispánico de California (1999), Premio Internacional Cincuentenario otorgado por la Academia Argentina de Letras, y una mención especial por *Solo queda*

saltar, que fue seleccionado entre los 100 libros recomendados de la Fundación Internacional Cuatro Gatos (Miami, 2020).

- Luego trajimos a **Rodolfo Walsh**. Dos premios llevan su nombre: el premio a la comunicación popular que otorga la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, y el premio a la mejor obra de tema criminal de no ficción que se entrega en la Semana Negra de Gijón (España). En 1999, su cuento *Esa mujer* fue elegido como el mejor cuento en habla castellana a partir de una encuesta organizada por Alfaguara entre escritores y críticos. La influencia de Walsh ha sido reconocida tanto a nivel nacional como internacional.
- Por último, la inefable **Aurora Venturini**, amiga de Evita. Premio Iniciación (1948) por *El solitario*, y más cerca en el tiempo, Premio Nueva Novela *Página 12* (2007) por *Las primas*, que ganó también el Premio *Otras Voces, Otros Ámbitos* (España, 2009). Además, se le otorgó la Cruz de Hierro en Francia por su trabajo de traducción. Su obra sigue siendo objeto de estudio y homenaje en diversos ámbitos culturales y académicos.

Para entrar a sus universos convocamos a quienes los estudian y los aman: cada encuentro del taller comenzó con una charla inspiradora, focalizada en los recursos literarios de estos gigantes nacionales. Así, pasaron por el aula virtual **Hernán Brienza**, con su semblanza de Leopoldo Marechal; **Luciano Ciruzzi**, que iluminó la relación de los martinfierristas Marechal y Borges; **Marcelo Figueras**, con el perfil, la historia y los textos de Walsh; y **Cintia Rogovsky** con una mirada apasionada sobre Venturini y sus derroteros.

En los encuentros posteriores, **Paloma Sánchez** nos recordó por qué hablamos de escritura peronista, poniendo en valor la elección del aquí y ahora que nos define: el Instituto Patria. Paloma también nos introdujo en las posibilidades que dan los formatos digitales. Finalmente, desde mi rol de editora compartimos algunos secretos de la producción editorial.

En el segundo momento de cada encuentro, las consignas propuestas nos invitaron a escribir lo propio. Nuestra pluma es única e irrepetible, y solo ella puede contar el camino que hacemos cada día.

En estos ejercicios nos presentamos, describimos los lugares que habitamos, desarrollamos escenas con tensión narrativa, nos mostramos “disfuncionales” en nuestros propios entornos, recurrimos a formas novedosas de la literatura y hasta hicimos un *collage* con las palabras de otros.

¡Qué sorpresa y qué disfrute encontrarnos en los textos de este colectivo! Geografías, esperanzas, angustias, miedos, broncas y utopías aparecieron al pie de las consignas. Este “club literario” finalmente propuso la elaboración de un proyecto de escritura, material del que da cuenta este libro, producto del intercambio amable y el compromiso militante de cada uno de sus integrantes.

MARÍA URRUTIA
Coordinadora Taller
Escritura Política (y Peronista)

MARECHAL

en nuestras vidas

Hernán Brienza

Leopoldo Marechal nos ha legado tres obras fundamentales. *Antígona Vélez*, *Adán Buenosayres* y *Megafón, o la guerra*. También, dos ensayos que aparecen en *Cuaderno de navegación*: La autopsia de Crespo y El poeta depuesto, una carta que le manda a Castiñeira de Dios publicada en la edición de *Cuaderno* que se hace después de la recuperación democrática. Yo agregaría a esta serie de lecturas *La isla de Fidel*, un texto que escribe en 1967, cuando va a Cuba como jurado del premio Casa de las Américas.

Luciano Ciruzzi nos trae la parábola de los dos Leopoldos: Leopoldo Lugones se sube a la política por el Partido Socialista y se baja por un fascismo que apoya el golpe de Uriburu. Marechal hace el camino inverso. Se sube a la política por el nacionalismo católico y se baja por izquierda, defendiendo la Revolución cubana y escribiendo *Megafón, o la guerra*, un retrato de la generación del 70.

Antígona Vélez es una obra de corte oficial que va a ser presentada en el Teatro Cervantes a instancias de Evita. Una actriz amiga personal de Evita pierde el original. Marechal se enoja mucho, pero Evita le pide que vuelva a escribir la obra. Marechal reescribe la obra en una o dos noches, y finalmente se presenta en el teatro Cervantes el 25 de mayo de 1951, en el marco de los festejos patrios. *Antígona Vélez* recupera el mito griego y lo sitúa en la pampa, en el sur, en plena “campaña del desierto”. Habla del conflicto entre dos hermanos, uno que está del lado de los indios y uno que está del lado de los blancos. Antígona es hermana de los dos. Ambos mueren en batalla, uno es enterrado con todos los honores por el Estado nación, e Ignacio Vélez, que es el rebelde, queda a campo abierto para que las aves de rapiña le coman los ojos. Y Antígona, imitando al personaje griego, desafía la autoridad de Facundo Galván, jefe de la partida del Estado nacional, y entierra a su hermano Ignacio. La acompaña Lisandro, el hijo de Facundo Galván, quien está enamorado de ella. Hay un juego muy interesante respecto de estos hermanos de un lado y otro, y una hermana que está por encima de esa dicotomía. También el rol de Lisandro Galván, el hijo de la oligarquía, que es asesinado junto con Antígona. Allí es interesante el discurso de Facundo Galván, que reclama un vástago de ese amor, los nietos que puedan sembrar la tierra después de este sacrificio de sangre. Marechal cree, justamente, que el peronismo es el vástago de esa tragedia.

En *Megafón, o la guerra*, publicada en los años setenta, se recupera la discusión. Hay una rapsodia que es el juicio al gran oligarca. Entre *Antígona Vélez* y *Megafón, o la guerra* pasaron casi dos décadas, un golpe de Estado en 1955 y 18 años de proscripción del peronismo. Marechal escribe *Megafón* con Perón en el

exilio y el peronismo proscripto. Y ya la relación con esa campaña, con ese desierto, con ese sur sembrado de sangre, es otra. Marechal hace allí una filosofía de la historia argentina. Porque el juicio al gran oligarca es, en realidad, el juicio a los nietos de Galván. En esa filosofía de la historia al estilo hegeliano, habla de la generación de la revolución, de los independentistas. Hay una segunda generación que es la de la “Campaña del desierto”, la que instaura el Estado Nacional, y hay una tercera generación que es la del gran oligarca, que no comprende al peronismo y en esa incomprensión traiciona su misión histórica. Para Marechal, el gran oligarca es descendiente de Facundo Galván, que se convierte en el estanciero y rechaza el ingreso de los sectores populares al sistema político.

Antígona es una lectura trágica pero celebratoria. Hay una mirada optimista porque el peronismo vino a cosechar aquella sangre que había sembrado la tragedia. En cambio, en *Megafón, o la guerra*, el peronismo es una víctima más en el proceso de expulsión de lo nacional y lo popular. Marechal, en un texto muy breve que se llama “Simbolismo del Martín Fierro”, una conferencia que dio en Radio Nacional antes del intento del golpe de Estado en mayo del 55, sostiene que *Martín Fierro* es la conciencia dolida de lo nacional, de aquello que es expulsado en la construcción del Estado Nación, y vincula al sargento Cruz con el sector del ejército nacional que comprende la tragedia del pueblo.

Y esta lógica del oficial de la partida que comprende la tragedia del pueblo y no consiente que se mate a un valiente como Martín Fierro es lo que Borges llama la larga noche de la literatura argentina. Borges temía mucho a esa noche en la cual el sargento Cruz defiende a Martín Fierro y Marechal hace de eso justamente un hecho festivo. En ese representante de la partida que se da vuelta uno puede ver, como en el caso de Perón, un símbolo. Marechal cruza la figura de Cruz con la figura del general del pueblo. No en vano Pino Solanas, en *Los hijos de Fierro*, va a recuperar esta metáfora del sargento Cruz. El sargento Cruz es un militante de las organizaciones político-militares de los 70.

A partir de Marechal y su literatura se puede hacer una filosofía de la historia. En “La autopsia de Creso”, el escritor acusa a la burguesía de caer en el materialismo. Creso es lo material frente a lo espiritual y es un juicio a esa burguesía que olvida su rol histórico, que es el de incluir a los sectores populares en el Estado Nación. Tanto la burguesía como la oligarquía se convierten así en agentes antinacionales y antipopulares.

En esa discusión entre lo material y lo espiritual emerge el pensamiento cristiano que lo acompañará en sus últimos años. Este arco se cierra con el pequeño trabajo sobre *La isla de Fidel*. Allí, Marechal toma conciencia de que entre las acusaciones a Fidel y las acusaciones al peronismo hay similitudes. No sostiene, como Cooke, que el peronismo es el comunismo en Argentina o viceversa, pero sí que forman parte de una misma matriz de liberación latinoamericana. A la

Revolución cubana y a la revolución peronista les reconoce un parecido de familia. *Megafón, o la guerra* es su testamento literario y político, es un plan de acción de lo que debería realizarse en la historia argentina. El juicio al gran oligarca, el juicio a Aramburu en la figura del general Cabezón, las batallas culturales que lo argentino tiene que dar. En este libro Marechal hace un retrato de la generación del 70, representada por un personaje cuyo cuerpo va a desaparecer. La idea de un cuerpo hundido en las aguas y comido por los peces proviene de un mito egipcio, pero es fuertemente profético.

También puede leerse como la desaparición de cualquier tipo de amo, y me parece que la generación del 70 ha sido la última con una idea de lo absoluto. Creo que Marechal así lo intuye, las derrotas en la batalla celestial y la batalla terrenal dejan sin absolutos a los sectores nacionales y populares. Pese al tono cómico que lo envuelve, *Megafón* tiene un final oscuro, aunque muere sonriendo. Muere sonriendo porque reconoce a la novia olvidada, que puede ser la patria, que puede ser la razón, que puede ser la teología, que puede ser este ideal. Esa generación significada en *Megafón* muere sonriendo porque muere viendo el fundamento de lo que perseguía, muere encontrando aquello que buscaba. Marechal la llama "la terrible sonrisa del caído". Ese hombre de Buenos Aires, iniciando su viaje por el Cosmos, termina con esta sonrisa. Así ha cumplido su ciclo.

BORGES Y MARECHAL

breve punteo sobre una relación

Luciano Ciruzzi

I

Como se sabe, no siempre están dadas las condiciones para que surja la amistad o la enemistad. Porque, seamos claros: en el fondo, son dos variantes de un mismo fenómeno. Son dos formas de vincularse que solo surgen si existe un fondo común de sentido, un horizonte compartido de símbolos, sueños y afectos. No se puede ser amigo –pero tampoco enemigo– de alguien cuyo lenguaje desconocemos. Debe existir un conjunto de reglas tácitas que ordene el campo del aprecio o del desprecio, de manera tal que cada quien, bajo ese código coyuntural, pueda reconocerse como alguien dispuesto al afecto o al encono. Solo los poetas, cuando se instalan por fuera de toda coyuntura, se encuentran en condiciones de trascender esos tratos demasiado terrenales –demasiado humanos– y comunicarse en el lenguaje sagrado de la metáfora.

II

Una carta que Borges le envió a Marechal con ocasión de la publicación de *Días como flechas* en 1926 permite reconocer hasta qué punto el lazo que los unía durante esa época transcendía la mera cordialidad. Borges termina de leer el poemario de Marechal y le escribe: “No te añado pormenores de mi entusiasmo para no plagiarte, pues todavía estoy en el ambiente de tus versos leídos y releídos”.

III

Desde los años 40 en adelante –cuando el sentido se jugaba en la suscripción o en el rechazo al peronismo– los poetas se convertirían en silenciosos contendientes. Nunca más volverían a dirigirse la palabra.

IV

En una nota del número 41 de la revista *El escarabajo de Oro*, Abelardo Castillo cuenta que Borges fue uno de los pocos escritores argentinos que asistieron al funeral de Leopoldo Marechal, en junio de 1970. Imaginar la escena en la que Borges primero se entera de la muerte de Marechal y luego decide, tal vez como por gracia de un escopetazo de la voluntad, ir a despedirlo; imaginar a Borges decirse a sí mismo “voy a ir a despedirlo”; imaginar el ingreso lento de Borges al funeral, la mirada perdida en el cielorraso, el silencio, la compasión; imaginar que, en suma, en el punto final de la vida de uno y en el punto final de la relación de los dos, hubo un reconocimiento, un gesto, un agradecimiento, no deja de producir una fuerte y misteriosa conmoción. Tal vez Borges sabía que, como Juan de

Panonia y Aureliano, los protagonistas de su cuento “Los teólogos”, él y Marechal serían confundidos en el más allá, indistinguibles ante los ojos de Dios.

V

Marechal fue el poeta argentino que más empeño puso en encontrar, en el sótano de sus infinitos recursos metafóricos, las figuras que amortiguaran las variadas evidencias de la muerte. Escribió sobre la muerte de la persona amada (en el trajín de soportar la pronta partida de su primera mujer); escribió sobre la muerte de San Martín (“Ángel y Gloria pelean ante los ojos del héroe”); escribió sobre la estruendosa (megafónica, podría decirse) muerte social en la figura del despedazamiento del cuerpo de un militante soñador; escribió sobre “la muerte del espíritu en el arte” a manos del academicismo burocrático; y, finalmente, o, en rigor, en el comienzo, en el mismísimo comienzo de su narrativa, Marechal escribió también sobre su propia muerte. Porque así empieza el *Adán*: con la ceremonia de despedida del poeta, rodeado en el día del final por sus compañeros de aventuras, los amigos de la revista *Martín Fierro*, entre los cuales ya debía estar presente un joven tímido al que llamaban “Georgie”. Todo un cuadro anticipatorio y profético.

VI

Cuando se despide a un poeta, dice Marechal en aquellas páginas iniciales del *Adán*, lo que se despide no es “la vencida carne de un hombre muerto, sino la materia sutil de un poema concluido”.

RODOLFO WALSH

el secreto mejor guardado
de la literatura argentina

Marcelo Figueras

David Viñas: "Si me apuran, digo que Walsh es mejor que Borges" (2004).

Si no llegó a serlo, o al menos a empardarlo, es porque lo mataron. Sería de ingenuos olvidar o minimizar el hecho de que, además de asesinarlo, los genocidas se tomaran el trabajo de desaparecer los papeles que dejó detrás, incluyendo la novela que nunca llegó a publicar, *Juan que iba por el río*. Tenían claro que necesitaban silenciarlo físicamente, pero también como escritor. Y de allí en más, confluyeron en la misma tarea —la de subestimar su importancia, la de negar su dimensión como narrador— fuerzas en apariencia contrapuestas, desde la derecha y desde la izquierda.

Walsh representa algo que no estuvimos en condiciones de ver durante la Argentina democrática 1983-2023, y mucho menos ahora: el argumento en favor de la demanda de cirugía mayor, y en carácter de urgente, sobre las raíces de este país conservador. Ocurre que esa demanda incomodaba, e incomoda todavía, tanto en términos literarios como políticos.

Por eso sigue siendo el secreto mejor guardado de la literatura argentina.

Para entender cómo accedió a esa postura existencial, que lo representaba como militante y escritor, y para comprender por qué hay tanto interés en que nadie llegue a interpretarla y mucho menos a tomar la antorcha y seguir adelante, es útil repasar la peripecia que protagonizó en vida.

Walsh arrancó siendo antiperonista y elitista, aun cuando no pertenecía ni a la clase privilegiada —en sus mejores meses podía pretenderse clase media, pero durante la mayor parte de su vida fue un seco que contaba monedas—, ni tampoco a la academia. Había comenzado a estudiar Letras, pero no llegó lejos. Con su pareja embarazada, no le quedó otra que laburar. Pero aun así, no abandonó sus aspiraciones de jugar en otra liga. Razón que explica sus posturas iniciales, tanto en materia política como literaria. Walsh no se reconocía en su clase. Como tanto clasemedio de este siglo, quería dar el salto hacia otras alturas, depositaba sus sueños en un estante que solía estar lejos del alcance de la gente como él.

"Yo fui flor de gorila en el '55", admitió tiempo después. Lo cual significa que había sido partidario de los que bombardearon la Plaza y fusilaron inocentes en un

basural. Por esa época también se manifestaba admirador de Borges, a quien consideraba "el escritor argentino más talentoso y *lúcido* de hoy". O sea que no solo admiraba su obra, también valoraba sus ideas.

¿Qué pretendía escribir Walsh por entonces? Se sentía muy inseguro —no era para menos, sabiendo de donde venía y lo errático de su educación formal— y por eso no se planteaba escribir lo que soñaba escribir, sino apenas aquello que consideraba que estaba a su alcance. Le gustaba la literatura fantástica, pero sentía que no podía competir con Borges. Vivía con una mujer que sí había estudiado Letras y que a su juicio escribía mejor que él, aunque no se aplicó a ese oficio. Por eso se resignó a escribir narraciones policiales.

Pero, ¿qué clase de policiales escribía? ¿Aquellos que en aquel momento, como herederos de la novela negra que ya habían consagrado Hammett y Chandler, abrían nuevos caminos literarios con su crudeza y su osadía? (Pienso en Jim Thompson, que escribió *The Killer Inside Me* en 1952 y *After Dark, My Sweet* en 1955.) Nada más lejos de la realidad. Walsh escribía relatos policiales que ya nacieron anticuados, como los que reunió en el volumen *Variaciones en rojo* (1953). Es decir, cuentos hechos a medida de la sensibilidad y los gustos que Borges celebraba. (De hecho, Walsh conoció a su esposa Elina durante un encuentro público con el escritor.)

Venía además de publicar en La Nación un panegírico del policial, considerado un género menor (*pulp fiction*!) hasta que Borges y Bioy Casares ensalzaron sus méritos. Walsh le adjudica al policial la más ilustre prosapia: pasa por encima de sus pioneros más obvios —Poe, por ejemplo— para proyectar sus pasos, innecesariamente, hasta los orígenes de la cultura occidental: la Biblia, Cicerón, el *Quijote*.

Esa labor proselitista en favor del policial clásico llamó la atención de un doctorando de la Universidad de Michigan que estaba interesado en el policial latinoamericano. Se llamaba Donald Yates. Este hombre escribe una carta a comienzos del '54, donde contacta a Walsh en busca de materiales para avanzar en su investigación. Walsh le responde por primera vez el 19 de abril, inicio de una correspondencia que se prolongará durante diez años y que se cortará en el momento en que Walsh tome una decisión que resignificará su vida.

Esos intercambios con Yates permiten pispear su evolución.

En un momento coincide con Yates en decir que el relato negro (*hard boiled*) es "una rama ilegítima de la novela policial que debe combatirse muy seriamente". ¿Cuál es el motivo que esgrime para practicar semejante bajada de pulgar? Dejando de lado un argumento moral porque sabe que se le volvería en contra —el consenso entre los amigos por correo es que los relatos de Mickey Spillane, el creador del detective Mike Hammer, podían ser definidos como "pornográficos"—,

Walsh concluye, con la petulancia típica del intelectual joven que tantos pretendimos ser: "No la toleraremos (a la narrativa negra) dentro de la novela policial, porque equivale a una hibridación de géneros... No tengo por qué leer mala pornografía mezclada con asesinatos, que resulta una combinación algo excesiva". Lo que Walsh juega a continuación es la carta de lo genuino: para él —y para Yates, parece—, el policial "auténtico" era el policial ya viejo del jarrón chino y el enigma mental a ser resuelto a pura deducción.

En 1954 no quedaban muchas voces dispuestas a afirmar que Dickson Carr o Ellery Queen escribían mejor o eran más interesantes que Raymond Chandler. Y sin embargo acá, entre nosotros, este muchachito seguía defendiendo lo viejo con el argumento de su discutible pureza. ¿Qué impulsaba a un artista de 27 años, que debía estar practicando la iconoclastia por prepotencia de juventud, a defender un género agotado, y con argumentos conservadores?

Tal vez la respuesta más simple sea: Borges. El viejo —no tan viejo por entonces: era más chico que yo— tenía un prestigio tan grande, que en *team* con Bioy le dio a la narrativa policial el brillo del que hasta entonces carecía en cenáculos sociales y culturales. Estos dos crearon el sello El Séptimo Círculo en 1945 y desde allí le dieron manija al policial más bien *british* —por vocación, más que por pasaporte— a través de autores como Nicholas Blake, Michael Innes, Graham Greene y... Dickson Carr, claro. Lo cual significaba renegar del policial en lengua francesa, representado por gente como Simenon, y de la variante negra de verdad: hasta 1954, solo se arrimaron a esa veta con un par de novelas de James Cain. ¿Por qué un par de tipos tan cultos y elegantes manijeaban un estilo convencional, antes que las variantes más novedosas y disruptivas?

Se podría decir: por estética y por gusto. Pero detrás de cada elección estética hay una forma de pararse ante el mundo. Y el mundo que asomaba detrás de la novela negra era muy distinto a aquel donde ocurrían los policiales clásicos. El del relato negro es un mundo corrupto, del cual sus crímenes son una proyección inevitable y donde los turros pueden salirse con la suya. Además está lleno de gente palurda y fea, el equivalente estadounidense del *cabeza* nuestro. En cambio, el universo del policial clásico responde a un orden digno de ser preservado, lleno de gente culta y elegante como Biorges (esta contracción pretende ser un chiste), donde el crimen supone una alteración y la identificación del culpable restaura el funcionamiento de la maquinaria. El policial negro sale a la calle y admite que lo social, lo político y lo económico condiciona nuestras vidas. En el policial británico permanecés dentro del caserón donde nada te falta —empezando por la servidumbre—, y los crímenes son determinados no tanto por necesidad sino por las pasiones.

Por eso Walsh razona de este modo en una de las cartas: sostiene que en el resto de Latinoamérica no había narrativa policial porque en esos otros países se daban "las injusticias sociales, la explotación de los indígenas, la vida en las selvas y las

minas, las guerras y revoluciones", y que eso que llamaba "la geografía violenta" de semejantes regiones compelia a sus escritores a dedicarse al realismo. En cambio nosotros, argentinos, jugábamos a la literatura policial y fantástica porque esos géneros constituían "un lujo de civilizaciones mejor alimentadas".

La miopía del comentario es desconcertante a primera vista. No sólo porque parece ignorar que en este país, tanto entonces como ahora, también abundan las injusticias, la explotación, las selvas, las minas y la violencia que proviene de arriba; sino también porque quien así razona es un tipo que conoció la pobreza en carne propia y, a diferencia de los Borges, los Bioy y los Ocampo, había corrido la coneja muchas veces —como decía mi abuela al pasar hambre— y seguía sin tener dónde caerse muerto. Pero el shock de este argumento se resignifica cuando uno le presta atención a la defensa que Walsh hace de Borges en la sexta carta.

Walsh dice que "los enemigos de Borges" —lo plantea así, en términos fatales— pertenecen a una categoría de gente "optimista, entusiasmada con una etapa de progresos materiales, que se siente perfectamente segura en su andamiaje social: el Estado, la religión, el partido político, el sindicato". (Nótese que esta descripción se ajusta a todo aquello que Walsh sabe que él mismo no es). A esta gente le reventaría Borges, explica, porque el viejo se enfrenta a esas seguridades con "una sonrisa de desdén". "Su filosofía, bajo una apariencia de juego elegante y erudito, es brutalmente nihilista", dice; "la eternidad, si existe, es un dilatado período de aburrimiento... Dios, si existe, es un reflejo de un reflejo, infinitamente inalcanzable... La identidad personal es quizá una ilusión... La literatura de Borges postula la irremediable incertidumbre y soledad de la especie humana, y pone en crisis la escala íntegra de valores. Lo único que parece salvarse, precariamente, de esa desesperanza, es el fervor de la palabra".

Es una buena descripción. El problema es que, por extensión, Walsh parece asumir que esa es la postura que todo escritor de valía —conjunto dentro del cual querría incluirse— debería asumir ante la existencia. Cuando, por el contrario, la de Borges es entre otras cosas la postura de un hombre que, como nada material le faltó durante sus años formativos, puede pasar de todo. Es fácil mostrar desdén por aquello que te sobra. Cuando la realidad te es funcional, cuando ocupás un lugar privilegiado en la sociedad, nada es más tentador que bloquear lo prosaico para dedicarse a los "juegos elegantes y eruditos" de la mente. Pero esa no era la circunstancia de Walsh, ni nunca lo sería. Tal vez ansiaba arribar a esa postura de metafísico desapego por la vida porque la imaginaba condición de la excelencia literaria del viejo, así como tantos presumen que votar a alguien que está por encima de su escala social les derramará una distinción de la que creen carecer. Qué sé yo. No se tome nada de esto como otra cosa que conjeturas de un escritor que admira a Walsh más que a Borges, porque considera que la vida no empieza ni termina en una biblioteca.

Walsh no lo sabía aún, pero faltaba poco para que alcanzase una excelencia literaria que lo arrimaría a las alturas borgianas. Pero para eso debía cambiar por completo su postura, trocar el ademán desdeñoso por el interés profundo y reconocer en sí mismo un apego físico, sensible, por la vida — y en especial, por las vidas de los otros.

Walsh reconoce que vivió el último tramo del gobierno peronista en lo que define como "una psicosis revolucionaria". "No pasaba ni un día sin que se anunciara el estallido del movimiento", dice. "Y yo que quería irme a Bolivia en busca de 'ambiente'", bromea, en referencia a su abortada novela. Tampoco se priva de hablar con admiración de su hermano el piloto militar, y de describir sus hazañas a la hora de bombardear compatriotas. A continuación le anuncia a Yates que "una de las primeras medidas del nuevo gobierno ha sido autorizar el mercado libre de cambios" (¿les suena familiar?). En consecuencia, entre los primeros beneficiados de la nueva dictadura estaban los escritores — los extranjeros, claro.

Estoy seguro de que en algún momento habrá percibido la ironía. El tipo que despreciaba la hibridez en materia de géneros narrativos, alumbró al final una forma nueva de valor literario, periodístico e histórico. En la carta que envió a Yates el 22 de marzo del '55, le había dicho: "*True crime books* —o sea, los libros sobre crímenes reales— no han tenido hasta ahora mucho éxito aquí. Veré lo que se puede hacer". Y vaya si lo vio.

Lo que terminó por desviar su camino profesional primero y su vida después fue la irrupción fantasmagórica de "el fusilado que vive". Primero se fascina con la historia del sobreviviente del basural de José León Suárez, porque cree que le permitirá consagrarse: ser contratado por un diario grande, ganar el Pulitzer. (Esto último no es una exageración, lo confesó él mismo). Pronto descubre que nadie quiere publicar su historia. En paralelo conoce a otros sobrevivientes: más fusilados que escaparon, las viudas de los muertos y sus huérfanos. Y entonces experimenta un sentimiento tan fuerte como nuevo, un extraño cóctel entre la piedad y la indignación, que lo arranca de la vía por la que venía y lo proyecta en otra dirección.

Hay un hecho que me parece significativo, de gran peso simbólico: en la primera carta en la que se explaya ante Yates —la sexta, agosto del '54—, Walsh habla de Borges, pero en la última carta en la que decide explicarse largamente —la vigésimo novena, junio del '57— habla de Perón. Su metamorfosis dista de estar completa, pero no cabe duda que ya dejó atrás la crisálida donde se lo criaba para ser otro intelectual funcional al poder.

Esa carta es una suerte de ajuste de cuentas, con Perón pero ante todo consigo mismo. Porque aunque el destinatario técnico es todavía Yates, Walsh parece reflexionar en voz alta como los personajes shakespirianos, que sólo terminaban de entenderse a sí mismos —de parirse a sí mismos— cuando se oían hablar en

escena. Allí reconoce que los diez años de peronismo no fueron una dictadura, aunque sostiene que sí fue una demagogia, que etimológicamente significa "tiranía de la plebe". Walsh insiste en que Perón es un demagogo y cuestiona sus intenciones, lo cual me recuerda objeciones más frescas, como las que relativizaban los méritos de Néstor en relación con el impulso que dio a los juicios, diciendo que en el fondo no le importaban los derechos humanos. ¿Qué catzo importan las intenciones de los estadistas, siempre y cuando cumplan con la Constitución y beneficien a las mayorías y cuiden de las minorías?

Walsh dice que Perón construye poder porque interpreta "tres o cuatro aspiraciones básicas de las masas" (que hable de masas en vez de pueblo es otro signo de que la metamorfosis todavía está verde), y las menciona: "Mejor nivel de vida, un status social más respetable, cierta intervención en el manejo de la cosa política". Pero a continuación la pifia, cuando interpreta que Perón trabajó también sobre "los resentimientos de las masas", a saber, según él: "Xenofobia, odio a los ricos u 'oligarcas'". Con perspectiva histórica, se puede afirmar con fundamento que nuestro pueblo no es muy xenofóbico que digamos, y que tiende a ser más bien manso y condescendiente con los ricos, cuando no obsecuente. Una vez que se le acaban las especulaciones sobre la intención de Perón y los rasgos negativos del pueblo, a Walsh no le queda otra que ir a la realidad —y ahí su discurso se trastoca.

"Guste o no guste —dice—, la faz del país cambia" con el peronismo. "Se industrializa. En 1943 no se fabricaba aquí nada. Hasta el tabaco y las telas se importaban. En 1955 hay una floreciente industria liviana. Se fabrican automóviles, tractores, equipos eléctricos... Los sindicatos logran por primera vez unificarse en una central fuerte, se dicta una legislación avanzada y justa, el obrero conquista un standard de vida más elevado y un status social más respetable, la mayoría de las huelgas triunfan, los patronos (sic) deben ceder y transigir... El saldo, a pesar de todo, debe considerarse beneficioso".

En comparación con lo hecho por Perón, el gobierno militar que tanto había anhelado "debe considerarse como un neto retroceso". "Desde el siglo pasado no había aquí fusilamientos", se queja. Y agrega: "Hasta los diarios independientes, como La Prensa, La Nación, Clarín, se imponen una curiosa autocensura y no encuentran nunca nada malo". Por supuesto, Walsh no cesa en el intento de encontrarle pelos al huevo peronista y le reprocha su manejo cultural y hasta lo responsabiliza por la caída de las ventas de los libros de corte policial. Según arguye, a partir del '55 los lectores prefieren las historias sobre la corrupción peronista y por eso compran menos novelas. Me da ternura esta obcecación de Walsh, que en otro tramo de la carta presenta (sin quererlo) mejores explicaciones a la caída de las ventas de este género popular. Bajo la Fusiladora, admite, "la vida aumenta en un 30%, se desalienta la industria nacional, las fábricas empiezan a cerrar". Los gorilas, que son clase media para arriba, siguen pudiendo comprar libros. El pueblo que se ajusta el cinturón, en cambio, ya no puede permitirse el

entretenimiento. "Nueve de cada diez obreros —admite— no trepidan en decir que viven bajo una dictadura militar".

Esa conciencia nueva supuso el fin del Walsh que escribía cuentos policiales, competentes pero tranquilizadores, y el advenimiento de un escritor nuevo; uno que seguía contemplando la realidad del crimen, pero a través de otro prisma. Su biógrafo Michael McCaughan explica que Walsh entendió, a partir de los fusilamientos, "la compleja red de conexiones que diferenciaba la injusticia sistemática de los actos de individuos despreciables".

A partir de entonces, puesto ante la disyuntiva de hacer lo que se esperaba de él o actuar como se lo dictaba su conciencia, cortó amarras con casi todo. Cambió como periodista (puso en riesgo su carrera), cambió ideológicamente (puso en riesgo su vida), cambió como escritor — cambió de vida.

Ese fue un pedrazo contra la vidriera de las academias y del poder político al cual traducen. Y no fue un capricho ni la expresión de una rebeldía inútil: fue, más bien, el pedrazo justo, como aquel con que David volteó a Goliat. Porque, así como Operación masacre lo había hecho antes, Esa mujer tornó inútil, por caduca, la organización de la Biblioteca de Babel. Por sí solo, el cuento Esa mujer denunciaba la Operación Borges y la anunciaba superada, dando paso a una época nueva. Pero entonces llegó la dictadura, Walsh fue asesinado y su obra desaparecida. A resultas de lo cual, esa época nueva sigue postergada, en suspenso, en espera de que alguien tome la antorcha.

Al cambiar de ideas, Walsh se convirtió en un escritor distinto. (E infinitamente superior, porque desde ese nuevo lugar de su alma creó algo que, por primera vez, era relevante en vez de una cruza anodina entre Borges y Ellery Queen). Desde esa jugada anunció que había comprendido que todo era político. Hasta la literatura. Y hasta la literatura que pretende no ser política. Tengo un amigo que dice a menudo: *El estilo nunca es neutral*, y yo insisto en darle la razón.

La demostración más clara de la transformación de Walsh en esos años está expuesta en sus textos. Cuando empezó a escribir sobre los fusilados (cuando todavía imaginaba que ese reportaje podía valerle un conchabo bien pago, fama y hasta el Pulitzer), lo hizo con un lenguaje envarado, convencional, que transmitía una indignación almidonada. "Un caso único en los anales de la Justicia tiene en sus manos en este momento un magistrado de la provincia de Buenos Aires", arrancaba el primero de los artículos sobre el tema que publicó en Revolución Nacional. En cambio, la primera línea de *Operación masacre* en formato libro no podía ser más diferente: "Nicolás Carranza no era un hombre feliz, esa noche del 9 de junio de 1956". Esa decisión revela un cambio de perspectiva y de sensibilidad, y por ende de intenciones.

Yo descubrí a Walsh por un artículo que Horacio Verbitsky publicó en el segundo número de *El Periodista* de Buenos Aires (1984). Allí hablaba de *Operación masacre* como del *Facundo* de su generación. Mi adolescencia transcurrió en dictadura, dentro de la campana de cristal de mi familia apolítica —lo cual es lo mismo que decir antiperonista—, así que ni siquiera recuerdo si había oído antes ese apellido que se prestaba al susurro y sólo nombraba una trágica ausencia. Durante años estuve convencido de que ese texto incluía facsímiles de originales de Walsh, escritos a máquina y corregidos a mano. Para el escritor germinal que yo era entonces, esas reproducciones significaron una escuela de narrativa. Como todo autor novel, yo trataba de disimular mis inseguridades jugando a ser barroco — a escribir difícil, bah. Pero Walsh tachaba y entresacaba y cortaba su texto original, y de modo desconcertante, el resultado era infinitamente superior; no a causa del cliché que dice *menos es más*, sino porque el texto se volvía preciso y filoso como un diamante. Practicando una suerte de jenga literario, Walsh quitaba toda pieza que no fuese imprescindible para que el edificio narrativo se mantuviese en pie (y ojo que digo *narrativo*, no *informativo*: dos universos con elementos en común pero procedimientos diferentes), desnudando así una forma que, además de ser bella *per se*, declaraba su confianza en que el lector completaría los espacios vacíos.

Pero hace poco recuperé una copia de aquel artículo, y esos facsímiles no estaban por ninguna parte. Mi última esperanza pasaba por haberlos visto en *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina (1976-1978)* que también escribió Verbitsky y publicó Ediciones de la Urraca en el '85. Yo tenía ese libro, debe haber quedado en alguna caja en casa de mis padres. Como rescatarlo implicaba un tiempo del que no disponía, lo compré por Internet. Los facsímiles tampoco estaban allí. Lo más fácil —lo más tentador— sería decir que los soñé. Pero no puedo quedarme en la fantasía. Tienen que existir y haber sido publicados en alguna parte. De otro modo, ¿de dónde saqué lo poco de bueno que aprendí de este mambo de la narrativa?

Lo cierto es que *Operación masacre* logra que Walsh deje de renegar de los híbridos entre géneros y advierta que algunos de los mejores exponentes de la literatura argentina son híbridos también: por ejemplo *Facundo*, de Sarmiento, cuyo estilo trató de imitar con torpeza en un capítulo que por suerte terminó eliminando. *Esa mujer* también es un híbrido, porque nace de una investigación periodística fallida —averiguar dónde habían escondido los milicos el cadáver de Eva— y se convierte en un relato en una primera persona que tiene mucho que ver con la prosa seca y altiva de los policiales negros que tanto detestaba hasta que vio la luz.

Descartando *Variaciones en rojo* como un pecadillo de juventud, Walsh encaró una literatura de la resistencia. Escribió desde los márgenes, fuera del *establishment* y contra el *establishment*. (Tanto político como cultural). A partir de entonces, todo lo que publica —del género que sea— asume la realidad de su

tiempo y la metaboliza, para convertirla en un discurso (ese es el deseo, al menos) transformador. Ya sea que borronée un cuento, un artículo o una proclama, le aplica siempre el mismo rigor: el texto debe ser económico pero elegante, preciso pero con vuelo, simple de verdad —porque estaría bueno alcanzar a los que no leen habitualmente, aquellos para quienes nadie escribe— pero con gracia.

En Walsh convive la persecución del párrafo perfecto con el ansia de que ese lenguaje interpele y modifique la realidad de la que participa lo quiera o no, lo busque o no. Walsh trabajaba para producir el mejor relato posible, convencido de que la perfección de ese relato colaboraría con la construcción del mejor mundo posible; puede sonar a utopía, lo entiendo, pero si no hablamos de utopía cuando nos referimos al arte, ¿de qué demonios estamos hablando?

Desde que Walsh asumió que todo lo que escribía era político, la tentación es enfocar su accionar como militante y analizar cada texto en función de esa praxis. Yo prefiero el camino inverso: apostar a que Walsh era mejor político cuando escribía que cuando actuaba, y a que la parte más perdurable de su legado —la parte que aún inquieta a los perros negros— no se encuentra en su historia como montonero sino en sus textos.

Uno lamenta que las ideologías de su tiempo lo hayan llevado a desconfiar de la literatura, y en particular de la novela, como un artefacto burgués. Como el Hamlet que interrumpe la representación de la obra que ha creado para desenmascarar al asesino de su padre, Walsh cometió el error de no confiar a fondo en su arte. Cuando lo mataron, estaba en camino de enmendarlo.

Walsh se convirtió en un escritor genial cuando encontró una historia real que le pareció más importante que su proyecto como escritor; cuando puso su estilo no al servicio de un modelo literario sino de gente con nombre y apellido, cuya vida le pareció más importante que el mejor de los libros; cuando decidió estar a la altura no de su costado más mezquino, del que ningún escritor se libra, sino de su sentido de justicia, su parte más generosa.

La figura de Walsh se agigantará igual, le pese a quien le pese, porque conecta con una necesidad que empezamos a identificar recién ahora: la de bregar por un cambio más profundo que el que deriva de la mera alternancia electoral. Un sacudón que cambie estas reglas del juego a las que hemos venido ateniéndonos como el mejor alumno, aunque la derecha las irrespete siempre; el *push* que precisamos para rediseñar la estructura del poder en este país de una buena vez y ya no volver a ser entrampados por los victimarios de siempre. Para lo cual no alcanza con ganar una elección por tres puntos, y ni siquiera por diez. Habría que confluir en un movimiento que tenga legitimidad democrática y, a la vez, el ímpetu de una revolución. Lo cual puede sonar irrealizable pero quizás no lo sea, en el marco de la devastación que dejarán los libertarios. Al paso que vamos, no me extrañaría que empezásemos a recordar el 2001 como un picnic.

En último término no fue Perón quien transformó a Walsh, sino el pueblo peronista; el contacto con esos seres cuya humanidad decía haber descubierto, algunos de los cuales habían sido fusilados, dejando atrás padres dolientes, viudas, huérfanos y amigos; simples laburantes, ajusticiados por el crimen de tener fe en el único tipo que defendió sus derechos. Fueron ellos, no desde sus discursos sino con sus vidas cotidianas, los que le recordaron a Walsh de dónde venía —por conciencia de clase, estaba más cerca de un laburante como el fusilado Carranza que de Borges— o, al menos, le revelaron de qué lado de la mecha quería estar.

Quizás haya entendido que, por mucho que amase la literatura, el fervor por la palabra no era razón suficiente por la cual vivir en este mundo. Lo indiscutible es que se apartó de su modelo local de escritor. (En el prólogo a la primera edición de *Masacre* lo dice con una frase de resonancias borgianas: "Escribí este libro para que fuese publicado, para que actuara, no para que se incorpore al vasto número de ensoñaciones de los ideólogos"). Pasando por arriba de Borges para retornar a José Hernández, Walsh tampoco quiso consentir que se matase así —impunemente— a aquellos valientes. No contento con limitarse a escribir sobre el coraje, como su ex maestro, decidió practicarlo. "Le he tomado el gusto a la aventura", dice Walsh en la anteúltima carta a Yates, "y ahora me parece insoportable volver a la rutina habitual".

Como si hubiese entendido ya, definitivamente, que era al pedo pasar por esta vida frunciendo la nariz, y que no había mejor tema sobre el que escribir y al que dedicarse que la felicidad de su pueblo.

AURORA VENTURINI

escribir para respirar

Cintia Rogovsky

A veces ponía punto o coma para respirar pero me convenía comunicarme de viva voz rápidamente para que me entendieran y evitar lagunas silenciosas que descubrían mi incapacidad de comunicación verbal porque al escucharme a mí misma me confundían los ruidos de adentro de la cabeza y el sibilante fluir de la palabra...

Aurora Venturini
Las primas

Difícil tarea la de presentar a esta extraordinaria autora en un texto breve. Más difícil aún, considerando que este texto forma parte de una producción colectiva surgida de encuentros en los que la mayor riqueza se produce en la conversación con las y los participantes, y con las lecturas. ¿Cómo sintetizar una palabra significativa sobre esta autora sin caer en lugares comunes y repetidos? ¿Cómo hablar de quien, por su condición de mujer, por no pertenecer al centro legitimado de la cultura argentina, por su militancia política, habita en territorios periféricos donde convive con otras criaturas marginadas y olvidadas?

Aurora Venturini, nacida en La Plata en diciembre de 1922, pronto cumpliría 100 años. ¿De qué Aurora hablar? ¿De la psicóloga especializada en infancias que se sumó al equipo dirigido por Eva Perón en los años 40, en la Fundación e hizo amistad con ella? ¿De la estudiante platense que se autoexilia de su familia, como lo hace saber en *Nosotros, los Caserta*? ¿Esa mujer que se vuelve “isleña” (aislada), para poder hacer lo único que dice saber hacer, que es escribir? ¿De la profesora que tuvo dos matrimonios fallidos y un amor imposible en su juventud? ¿De la militante peronista perseguida, exiliada, olvidada, silenciada? ¿De la que vive en París en 1954, de la que regresa a La Plata en el 55, de la que sufre violencia represora en la cárcel de la Fusiladora en los años 50, cuando en nombre de la “libertad” le destrozan los pies pero se salva, a diferencia de otras, de ser violada como castigo por ser mujer y peronista? ¿De la que escribe y echa a rodar versiones y reversiones de su historia siempre distintas, la católica devota, un poco bruja, que habla con las arañas?

A pesar de haber escrito y publicado cerca de 40 libros, muchos de ellos de manera autogestiva, pocos la leen y la conocen fuera de un reducido círculo. El público la conoció recién cuando a los 85 años y gracias al concurso de novela organizado por el diario *Página/12* en 2007, recibió el premio por *Las primas*. El seudónimo que utilizó para este concurso nos la pinta: Beatriz Portinari, la amada de Dante en la *Divina Comedia*. El mundo que construye en casi todas sus obras es también bastante dantesco, y está poblado por personajes marginados, monstruosos, disminuidos, vulnerados, rotos.

Sirviéndose de las dificultades para escribir que le ocasiona la dislexia a Yuna Riglos, protagonista de *Las primas* que narra en primera persona esta historia ambientada en la década del 40 en la capital bonaerense, ciudad que no deja de ser una periferia, Venturini construye un mundo propio con su original uso del lenguaje. Su escritura nos lleva a recorrer algunos infiernos, tema que veremos aparecer recurrentemente en otras obras que escribió a lo largo de su vida, publicadas o republicadas después del gran éxito de *Las primas*, como *La María de Los Toldos* (una biografía única sobre su amiga, Eva Perón), entre otras.

LA PRODUCCIÓN EDITORIAL

Cómo lograr que ustedes elijan, entre millones de bits, esta historia. Esa fue la última cuestión a resolver. Sin mercadotecnia ni librerías, sin editoriales peleándose por publicarlo, sin papel ni tinta ni solapas, escribir el mensaje e inventar la botella.

Claudia Bernazza

Diario de un libro web

A lo largo de las siguientes páginas, van a encontrar los textos que hemos elegido y corregido entre todos para su publicación. Cada uno de ellos tiene un aire que nos resulta conocido, por eso los hemos agrupado según los escritores a quienes nos recuerdan.

Esta producción se presenta a través de un formato digital que ha demandado tiempo, trabajo y paciencia. Paloma Sánchez nos inspiró con su *Fragmentaria*, una verdadera maravilla a la hora de pensar los nuevos formatos de un libro. Nuestra compañera platense nos ayudó a inventar esta botella. Como dice en su libro de pantallas:

¿Dónde ponemos tanta tecnología inalcanzable, tantos otros mundos que nunca llegaremos a conocer? Y ¿qué hacemos con los pompones de piel que se cruzan en un bar y nos nutren, nos construyen? ¿En qué bar se cruzan?

Finalmente, una vez que encontramos nuestra voz y su forma, le pedimos a Eduardo Gonet que les diera belleza a estas páginas. El Negro hace maravillas sobre papeles reales y virtuales, y por eso le agradecemos.

LEOPOLDO Y NOSOTROS

Desde hace algunos años oigo hablar de los escritores "comprometidos" y "no comprometidos". A mi entender, es una clasificación falsa. Todo escritor, por el hecho de serlo, ya está comprometido.

Leopoldo Marechal

Los puntos fundamentales de mi vida

*Son las marcas de los padres y abuelos
y las meriendas humildes en los barrios.
El peronismo que se lleva en la sangre aunque no se sepa.
La ingenuidad portadora de causas nobles.*

Paloma Sánchez

Fragmentaria

LA EDAD INESPERADA

María Cristina Catano

Amé el aroma a niñez en las escuelas.

Desde hace tiempo me siento muy preocupada. En estos días, concretamente, hay dos preguntas personales que me quitan el sueño.

Creo que todo comenzó cuando el sistema universitario decidió que había llegado el momento de mi jubilación. Recuerdo que, desorientada, miré para todos lados, pensando de algún modo que la notificación estaba destinada a otra persona. Pero no, era para mí.

No hay páginas suficientes para describir todos los estados de ánimo por los que pasé. Más allá de los diversos contextos, durante la mayoría de mis etapas vitales hice lo que quise y lo que pude, claro. Con distintos cargos, siempre con responsabilidad, pasión y compromiso con la vida y con la justicia social. Mientras escribo, mi cuerpo tiembla porque recuerda mucho más que mi cabeza.

La historia está llena de preguntas espinosas. Pero cuando, luego de mi jubilación forzada, alguien me pregunta “¿desde dónde escribís y quién sos?”, no encuentro respuestas. Ya no soy un currículum académico, tampoco una suma de décadas de experiencias militantes que continuarán hasta mi último suspiro.

Pero ¿a partir de qué lugar y desde qué contexto escribo? Quienes tenemos más de setenta años hemos recorrido grandes cambios históricos, con muchos proyectos, utópicos quizás. Tiemblo y necesito algunos nombres que ya no están, porque se pusieron al hombro nuestras utopías. Recordar a cada uno siempre es abrir decenas de nuevas ventanas, memoria conductora de nuevos recuerdos.

Acabo de hacer un ejercicio: me paré frente al espejo, me observé obviando las arrugas, y recordé muchas cosas más, que no están escritas en ninguno de los múltiples papelitos distribuidos en diversos lugares de mi casa. ¡Ah! Casi me olvido de contar esto: entre otras “malas costumbres” que tengo, hace años que escribo “buenas ideas” para retomar luego, cosa que no hago, lo que da como resultado una sumatoria inconexamente amorosa que sigo guardando.

Hay etapas en la vida, y quizá lo bueno de esta bendita jubilación es que sirva para retomar escrituras que parecen sin lógica. Quizás me sorprendan, es un desafío posible.

Sigo pensando. Pero alguien llama a mi puerta. Es mi nieto, que me mira desde sus 10 años. Tengo que confesar que venía subestimando mi rol de abuela. Pocos saben que la abuelidad bien vivida nos permite llegar a otra utopía, hacernos nuevas preguntas, con esas miradas abiertas a horizontes inesperados.

Abandono por un rato la escritura y mis reflexiones. Le prometí que compartiríamos un helado.

A Tomi, Juani, Pipi, Cata y Rami.

GEOGRAFÍAS

Milena Sesar

Correctora de textos ajenos. Actriz de textos propios.

A veces pienso en las historias que arman nuestras geografías. Esos trazos que vamos dejando cada vez que caminamos el barrio, cuando vamos a una fiesta, al cine o al dentista.

Cartografías, digamos, más o menos despelechadas, más o menos concretas (martes al mercado porque hay descuento, miércoles a la clase de pintura, sábado al teatro, a cualquier teatro, a ver la obra de algún amigo; a ningún lado el domingo porque se impone un descanso, solo al fondo, a ver si el limonero se decide, a ver cómo están los brotes del roble en esta primavera incipiente).

Pienso en las cartografías interrumpidas, en las tres que no pudieron volver a casa, en las otras miles que nunca volvieron. En las que tuvimos la ¿suerte? de volver. La suerte... la vuelta a casa en juego... Una especie de bingo satánico.

¿Se completa de algún modo ese mapa? ¿Ese era, finalmente, todo su trayecto? ¿Cómo siguen las historias, las geografías, alrededor de ese machetazo que nadie espera pero que está ahí, a la vuelta de la esquina, en una camioneta blanca, en una casa sucia donde espera el dolor?

¿Puede nuestro camino completar de algún modo ese que otras nunca podrán hacer? No. Sé que mi pregunta es tonta. Sin embargo, algo redirige los pasos; en los mapas se dibujan otras siluetas. ¿Cuántos Nunca Más tendremos que gritar?

Entro en las redes sociales y pienso, como escuché alguna vez, “el mundo tiene garras que no tenía”. No sé bien si tengo que reírme de un *jingle*, emocionarme por el nacimiento de un gorila, llorar por Gaza o lamentar la infamia. Todo eso junto, claro. Y me río y me emociono y lloro, y lamento sobre todo la infamia. Es la vida, claro, todo sigue, como en un show.

Cuando murió mi madre me pregunté por qué nada se detenía por un momento, por qué todo seguía igual, por qué el mundo no estaba de duelo cuando yo no podía con esa tristeza. Eso pasa. Nada se detiene. Ni las malas noticias, ni el

consumo –a veces, como si fueran canapés– del dolor de otros transformado en series, en documentales, en libros; ni la muerte, ni la guerra, ni la tortura, ni el maltrato a los animales, ni las compras, ni... Es el capitalismo, estúpida, es la rueda eterna.

La náusea que me provoca la mezcla envenenada de vida cotidiana, alertas, noticias, discursos y sobreinformación me lleva al médico. Me lleva, me arrastra de la mano, de la cabeza, del alma. No sé qué decirle cuando me pregunta qué me trae por aquí. No sé si es la panza, la cabeza, la espalda, si son las piernas. Le digo que no sé dónde ni por qué, pero me duele tanto.

Recuerdo el gesto de un señor cuando íbamos al cementerio a enterrar a mi madre. El “trapito” agitaba esa esperanza roja para que alguien estacionara en la parrilla, y cuando vio pasar el cortejo se detuvo y se la llevó al corazón, mientras agachaba la cabeza y con la otra mano se sacaba la gorra. Ese señor detuvo el mundo por un instante.

AUTOCRÍTICA

Luciana Alejandra Ciccone

Eurodescendiente, autopercebida negra.

La destrucción de los lazos sociales
encadenada a la lógica del mercado,
al consumo rápido, instantáneo,
como el mensaje ultraderechista
como el vínculo sexualizado y desamorado del Tinder.

Igual que los rapaces capturan el voto
capturamos personas, las usamos
como cosas que supriman el deseo.
Al mejor estilo “meme”, todo es chiste, nada es serio.
La subjetividad invadida.

¿Fuimos alguna vez sujetos políticos?
¿Fuimos impulsores de cambios?
¿Fuimos capaces de armar lazos de amor?
¿Fuimos el otro respetado?
Nadie se vuelve a enamorar bajo este hábitat.
Ni de una persona,
ni de la construcción política,
ni de las ideas.

¿Dónde quedó aprender a endurecerse sin perder la ternura jamás?

Algo pulverizó

lo solidario

lo comunitario

lo político

el arte de vivir en sociedad.

RUGIDOS

Teresa Perri Pelle
Poeta irremediable.

Rugen los estómagos vacíos.

Las bocas de indignación.

Ruge el sojuzgado pueblo

ante la sordera del tirano.

El anciano apaleado

el docente explotado.

Rugen las mujeres ninguneadas

reprimidas, asesinadas.

Las infancias ignoradas y abusadas.

Ruge el puma enjaulado

y el tigre privado de su hábitat natural

exhibido trofeo del cazador cruel.

El elefante ruge dolor

colmillos arrancados sin anestesia.

Ruge la selva de cemento

maltratada por los poderosos.

EL BARRO

Viviana Ardiles

Anciana descamisada.

El barro se pega en los zapatos como una baba repugnante que lo cubre todo, hasta esa simulada esperanza con la que Juan sale de su casa, sabiendo de antemano que volverá sin nada, con los sueños rotos y el buen presentimiento derrotado.

Busca empleo, como hace años, pero solo consigue alguna changa miserable que –en el mejor de los casos– apenas le sirve para un plato de comida al día.

Todas las mañanas son iguales, salir con el aliento que se da a sí mismo, diciéndose en voz baja pero segura:

—Capaz que hoy sea el día, ¡quién te dice!

Y a paso firme, con el último trago de mate entibiando su garganta, salir a buscar trabajo.

Entra en cada negocio, en cada fábrica, de las pocas que quedan, preguntando si hay algo para él. Pero no hay. Nunca hay.

Los pies duelen de caminar y la humedad penetra en los huesos con esa molesta sensación de estar sucio, como si no mereciera lo que ha ido a buscar.

Es que siempre le hacen creer que la culpa es de él, hasta el punto de dudar si el mal de todos se debe a su propia existencia.

“¡Planero! ¡Agarrá la pala!”. Cuánto odio en esas palabras. Como si él quisiera vivir esa vida de mendigo.

Parece mentira, pero alguna vez no fue así. Hace como veinte años, Juan tenía trabajo y obra social, y vacaciones, y aguinaldo. Recuerda la alegría de esos días, mientras se sienta a comer esos bizcochos de ayer que le regaló don Pascual de la panadería, con su sonrisa eterna diciéndole:

—¡Suerte, Juan!

Y ahí se levanta del banco de esa plaza y sigue buscando, ya no en negocios o fábricas sino en casas, preguntando por alguna changa que le permita comprar algo en el almacén de la Delia, alguna cosita que le sirva para comer esa noche y no irse a dormir con la panza vacía. Es que cuesta mucho dormirse así, con tanto vacío en el cuerpo y el alma.

A veces se pregunta cómo fue que pasó, cómo fue que le quitaron tanto, pero apenas le vienen esos pensamientos sacude la cabeza y sigue caminando, de regreso, porque Juan ya no quiere preguntarse nada.

Será porque sabe la respuesta, como sabe que el barro pegajoso invade sus zapatos.

TU NOMBRE

Carolina Kolkowski

Los de este lado también somos Patria.

Desde mi barrio grueso y filoso.

Desde el apostolado de mis tripas.

Desde esta memoria trabajosa.

Desde la ex ESMA a Plaza de Mayo.

Desde mi soledad que nunca será tuya.

Desde esta lealtad que rasgo y Ella zurce.

Desde todos los pronombres.

Desde esta batalla, veintidós años después.

Desde mis manos vacías.

Desde mis compañeras en constante vigilia.

Desde estas escasas garantías, mientras Ellos alucinan con la muerte.

Desde y hasta tu nombre, escribo.

NUESTRA MESA

Edgardo García

Ella me salvó la vida. Médico y militante, desde antes de entonces.

Venía corriendo y salpicándome, cuando veo de casualidad esa billetera negra y gorda en medio de un charco, justo donde faltaba una baldosa de la vereda, al lado del escalón de mármol muy gastado de la puerta lateral del Bar Odeón. La levanto, miro a mi alrededor y más allá buscando al posible dueño, pero nada. Instintivamente, la seco frotándola de un lado y del otro sobre la tela de mis jeans. Y como sigo sin encontrar ninguna mirada que se cruce con la mía, entro para guarecerme de la lluvia.

Justo hoy a último momento cambié de planes y elegí venir al centro cuando de golpe se largó a llover con la intensidad de un diluvio. Por eso decidí olvidarme que nunca más iba a entrar a ese lugar tan repudiado por mi memoria. Ahora la lluvia me parece una excusa burda, hay otro bar a menos de cien metros. Pero si fue un pretexto, no lo sé “a ciencia cierta” (como le gustaba decir a Beto) y aquí estoy, refugiándome en medio de este exquisito e inconfundible aroma mientras oigo los ruidos clásicos y repetitivos de la máquina de café express en permanente producción. La sensación que invade mis sentidos es tan placentera que me sorprende y me desorienta. Todavía de pie, cerca de la puerta que da a calle Perón, disfruto el placer que me produjo la casualidad de estar aquí, en este ambiente tan idéntico al que fuera el nuestro.

Siento como si nada hubiera cambiado y no demoro tanto en confirmarlo. Estoy envuelto por el mismo color dominante, el de los distintos tonos de marrón de la madera que cubre las paredes y el techo y la barra y las viejas mesas y las mismas sillas. Marrón que juega y se complementa con el contraste de las chaquetas blanquísimas y almidonadas de los mozos, siempre peinados a la gomina, con los profundos surcos del peine bien marcados sobre el abundante y tieso pelo negro. Por suerte la mesa está desocupada y puedo ir a sentarme ahí; es la misma de siempre, la de antes, la nuestra. Pido un café cortado y apoyo frente a mí la ancha billetera color negro viejo, con el cuero lustroso y brillante por la humedad. Al abrirla, enseguida leo “Alberto Laura” en el documento que asoma por una de las

primeras ranuras, delante de varias tarjetas de crédito, el carnet de conducir, algunos papeles doblados en cuatro y muchos billetes de mil. “Laura no es un apellido común”, fue la primera idea que rebotó en mi cabeza mojada, pero enseguida me explotó en la cara la certeza increíble de que la vieja billetera era de Beto. Entonces, ¿él también había estado aquí hoy? La segunda conclusión agranda mi asombro y definitivamente libera una cadena de recuerdos sobre los tiempos en que el Odeón era “nuestro bar”. La verdad es que ya no sé bien cuántos años pasaron, pero seguro fueron más de veinte. En esa época, Beto, Mariana y yo éramos inseparables. Y aquí, en esta misma mesa, era donde nos encontrábamos y reíamos sin parar, aunque no hubiésemos fumado las flores que tanto nos gustaban. Aquí nos encontrábamos todos los días, después de la escuela y antes de las clases de teatro. Hasta que los secretos roces de mis piernas con las de Mariana no coincidieron con nuestras miradas y un día, Beto y ella, finalmente, se fueron tomados de la mano. Fue cuando descubrimos que actuar no era lo nuestro y también cuando comenzamos la Universidad. Luego simplemente dejamos de vernos. Y entonces, poco a poco, construí un sólido muro de odio que nunca más me permitió volver a este lugar. Ahora es evidente que no solo el Odeón no ha cambiado nada, sino que Beto también sigue igual, perdiendo todo lo que lleva encima por el camino sea donde sea que vaya su vida.

Casi enseguida, por la puerta que está más lejos, la de la esquina, veo entrar a un gordo medio pelado que sacude su paraguas y lo cierra apresurado. Estoy seguro de que es Alberto, lo reconozco sin dudarlo por la cara de “yo no fui” que trae, la misma que siempre puso ante cada búsqueda desesperada de lo último que hubiera perdido. Al primer lugar que dirige su mirada es hacia esta mesa, así que solamente levanto la billetera con mi mano derecha y le ofrezco mi mejor y más auténtica sonrisa.

LA PALABRA QUE ME PRONUNCIA

Silvana Laura Correia

*Tropiezo con realidades una y otra vez.
Las palabras me salvan de la caída.*

Memoria donde nace lo propio.
La palabra que me pronuncia:
peronismo.

Útero de lo que aún no ha sido vencido
Lo que tuvimos, lo que pudimos.
Lo vedado, lo perseguido, lo estigmatizado.

Lo posible, la belleza.
Un decir preciso sobre aquello
que encontró su nombre.

Pueblo.
Derechos.
Trabajo registrado.
Vacaciones pagas, aguinaldo.
Infancias.
Casa propia.
Club de barrio.
Deportes y más encuentros.
Padre obrero, hijo universitario.
Sindicato y obra social.
Comida en la mesa.
Computadora en la escuela.
Universidad pública y gratuita.
Ascenso, justicia social.

Barcos, trenes, aviones.

Industria pujante.

YPF, Vaca Muerta.

Ya no hay más deuda.

Argentina próspera.

Argentina posible.

No me van a convencer.

Decime que no se puede y te contesto:

Perón, Evita, Néstor, Cristina.

Ni el 55 ni la proscripción.

Ni el cáncer y el odio recalcitrante.

Ni el vuelo temprano, que tanto dolió.

Ni el intento de magnicidio,

ni las causas inventadas.

Ni la tobillera ni el encierro.

A pesar de Rincón Bomba,

López Rega, y la Triple A,

Menem y los 90.

A pesar del pito duro y el escarmiento.

Peronismo. Faro y timón.

Ya lo hizo, y puede ser mejor.

Por los sin nombre, que también existen,

y viven en el alfabeto de su memoria.

Por mi abuelo escultor

que vino de Portugal huyendo del hambre

hablando otro idioma,

y murió peronista, con casa propia.

Por mi viejo de corazón peroncho,
que con desilusión menemista
partió joven sin ver a Néstor y Cristina.

Por mi propia casa en el 2005.
No me digan que no se puede.

Soy mi abuelo viniendo en barco desde otro yo soy.
Soy mi abuela amasando, mi padre bailando,
mi madre amando, mi hermana sonriendo.

Soy vos, en otro cuerpo.
Soy nosotros, nosotras, nosotros.
Y es en tu mirada, donde me encuentro.

Hablame de Argentina.
Hablame de amor.
Hablame de identidad, de vos y de mí, de nosotros.
Hablame de sueños posibles y de la belleza de cada día.
Y no podremos no hablar de peronismo.

EL BALCÓN

Eduardo Luis Jaureguy
Gaucha en busca de su voz.

Está quieto ahí. Atrae mi mirada como el fuego del hogar a leña encendido una tarde fría de invierno en Calafate, hoy tan lejano. Es mi única conexión con el afuera. Con Ellos. Con el pasado, con este duro presente, con mi futuro. ¿El destino? Lo presentía, lo sabía, lo asumí. Las personas de convicciones firmes sabemos que puede pasar, y pasó. Son tan evidentes. Lo asumo.

Desde esta altura puedo ver el verde intenso de esos enormes árboles, cuyas flores me regalarán en primavera su perfume dulce. Serán unas magníficas flores blancas, violetas y amarillas. Serán miles y serán eternas.

Me recuerdan tanto a mi ciudad natal, largas filas de tilos sobre avenidas y jacarandás sobre las diagonales.

Afuera, lluvia y viento de invierno, pero nada los detiene. Cantan, gritan, vociferan, me llaman. Me alientan, me requieren. Los barren y vuelven. Me insuflan fuerzas. Me hacen bien.

Cuánto los necesito yo también a ellos.

Han venido a mirar desde la calle ahí abajo, a esperar y a poder verme desde cada rincón de la república, trayendo el aliento que me mantiene erguida, fuerte, entera.

Gritan, cantan, actúan, bailan. Son ellos, los hijos de los descamisados, de los “cabecitas negras”, los nuevos desclasados. Los agradecidos a esos años, los mejores años, que con tanto esfuerzo pudimos hacer realidad. Hacer realidad los sueños de los 30.000, de las Madres.

Por las noches, el vidrio se transforma en espejo y me devuelve una imagen. Me miro y me acepto, cada paso recorrido, cada acto, cada firma, cada hecho. No me arrepiento de nada. De nada. Lo volvería hacer.

Afuera sopla el viento. Es viento de lucha, de resistencia, de palabra, de escucha. Viento de historia, viento de cambio. Viento de presente y futuro. Viento de unidad.

Detrás de mí, sobre la pared, está mi biblioteca. Cada uno de mis libros, comprados o regalados, nuevos y viejos, desde la época de juventud en La Plata, miles, me conectan en pensamiento y conversación con hombres y mujeres en diferentes lugares y tiempos. Me liberan, me pierdo en sus lejanos laberintos, que descifro, y así me dejo llevar y me trasladan a recónditas regiones y lugares. A discusiones interminables, enriquecedoras.

Otros libros los vuelvo a leer y es como si no los hubiera leído, me devuelven otros pensamientos o razonamientos, nuevas ilusiones. Me acompañan, me distraen, me relajan.

Me hablan y dialogo con ellos. Escucho a Leopoldo Marechal, que en su *Adán Buenosayres* me dice: "Cristina, a veces el alma de la nación se refugia en una sola voz. Y esa voz, en estos años, fue la tuya".

O cuando leo a Rodolfo Walsh, quien caminó también esas diagonales de tilos, me escribe: "Cristina, sé que los golpes son muchos. Y también sé que hay soledades que no se ven. Pero también sé que hay millones que encontraron en vos una razón para creer. No en un gobierno, sino en la posibilidad de una Patria más justa.

Te lo digo con la fe de quien nunca abandonó la lucha: el pueblo aún mira. Y cuando reconoce a quien lo defendió, no olvida. Seguí desde tu lugar caminando con ellos, entre ellos. Porque allí está la verdad. Y donde hay verdad, hay justicia. Y donde hay justicia, hay futuro".

Me quedo dormida en mi sillón, con los libros en la falda. El sol de la tarde se cuela por la ventana, me acaricia la frente.

Descanso. Lo necesito y mucho. Aprovecho este tiempo para hacer una pausa, para replantearme ciertas cosas.

Ellos me cuidan. Me acompañan, me distraen, me relajan.

Por momentos, en mis sueños, a través del balcón veo la Patria, que se acerca, me susurra al oído y dice: “El camino es por acá, sí, está bien, es por acá la salida”.

Pronto llegará, se acerca el día en que seremos libres de verdad.

Volveremos.

RASTROS DE LA PANDEMIA

Silvia Mónica Frías

La palabra como abrazo y barricada.

Fue en algún momento de ese domingo de verano, cuando me entró una angustia como un estilete frío que cercena la carne. Un estilete o un cuchillo de cocina que, para el caso, hacen el mismo daño. Puede que sea consecuencia de lo que nos acontece, o de cómo lo proceso.

Entonces, de la nada volví a pensar en la muerte de Marcela, absurda y repentina. Nada más inútil que analizar las causas cuando el hecho es irremediable y doloroso. Parecía empeñarme en tratar de entender y mis prejuicios respecto de la intervención médica en ese hospital –intervención tardía, por cierto–, me enfrentaron bruscamente a la fragilidad humana.

Cerrando o abriendo los ojos, las imágenes de aquel paisaje circunstancial me arrinconaban con el arma más cruel. Ya no con el estilete o el cuchillo de cocina, sino con la certeza de la finitud.

Así, como todo lo que sucede en la cinta donde nos ubica el tiempo, deslizándonos sobre esos rodillos que no se detienen ni aun en días de tormenta, el día de hoy amaneció tan ventoso, que fue nomás empezar a andar, para que cada ráfaga me obligara a resistir por mantener mi rumbo.

Ante mí, a centímetros de mis pies, un pichón de gorrión. Muy “en medio de la vereda”. Muy expuesto a la distracción de cualquiera que pase apurado o de un joven entretenido con su celular. O de una señora como yo, que siempre mira al piso, y le concede otra oportunidad cuando lo deja sobre la caja de un medidor de gas. Qué extraña la naturaleza del ave que arroja sus crías a la experiencia inicial del vuelo, incluso a riesgo de perderlas.

En mitad de cada tarea volvía aquel pensamiento. Me siento frente al escritorio para seguir con la computadora, completando estadísticas o informando resultados serológicos. Voy hacia la cafetera, vuelvo con una taza llena, voy una vez más.

Los pasillos poblándose, las voces en sus sintonías diversas, el ritual de la partida. Y las horas desapareciendo en cada vuelta de reloj.

Al momento en que las nubes comienzan a perseguir al sol que se declara en retirada, pienso en lo bello de la oscuridad nocturna bajo la luz de las estrellas. Ellas alardean desde ese lejano misterio, ajenas a las inquietudes humanas. A las preguntas sin respuestas.

Cuando intenté conciliar el sueño, mi mente continuaba su debate. Enlazando supuestos y concretos, astros y barriletes, miradas y paletas de colores que se precipitaban de pronto sobre una pared ilusoria en formas de mural callejero con su belleza espontánea, como el recuerdo de Marcela sentada en el patio de su casa. En remera y shorcito cebándose otro mate.

ESTACIÓN VIENTO

Marcela Barrenti

Marechal, la noche y yo.

Estamos inmersos en un ventarrón, tornado, torbellino o ciclón que se instala en el pueblo de mar hasta convertirlo en el confín de viento y sal.

Deja de ser un fenómeno meteorológico, menos que menos un momento y pasa a ser un espacio en el que convivimos. Cerquita, hasta inventaron barandas en las veredas para aferrarse a ellas frente al hostigamiento de los vendavales.

Por los aires vemos bandadas de matas, hojas y carteles que se desprenden de sus estructuras férreas. Chapas amenazantes circulan a velocidad crucero por los techos vecinos.

Ventarrón, tornado, torbellino. Aúlla, maúlla, brama desaforado.

El viento es el paisaje. La neblina provocada por la arena nos impide vernos, en las calles nuestros cuerpos tambalean.

El viento es Puerto Madryn.

DEMASIADOS DUELOS

Patricia Galván

Escribo un grito silencioso para hacerle trampa al olvido.

De dónde vengo, y se abrieron las compuertas.

De tantos lugares, de tantas historias.

Del Tano Atilio, inmigrante forzado por absurdas guerras en países lejanos, el que me convidaba fernet mientras contaba bizarras historias del viejo mundo que se derrumbaba.

Trabajador incansable, puteador del Estatuto del Peón, “estos vagos no quieren trabajar...”, decía a los peones que compartían su larga mesa, el rostro enrojecido, la mirada adusta, los ojos infinitamente celestes.

De la Nona Julia, larga melena trenzada en rodete, el batón oscuro salpicado por pequeñas flores, costurera habilidosa que se jactaba de haber trabajado en una casa de alta costura, allá en Italia.

Del abuelo Félix, criollo “de a caballo”, buen bebedor de juntadas amanecidas, que antes de apearse, tiraba un par de tiros al grito de “¡Viva Perón, carajo!”

De la Dionisia, descendiente de un lenguaraz de ojos verdes, devota de Santa Evita, que le regaló la Singer y cuando fue a buscarla la pasearon en limusina por la Capital.

En la pared raída de la casa, la sonrisa inefable del General habla por sí sola.

En el pequeño pueblo, todos se conocían. Mi viejo empezó a frecuentar la casa de Atilio y Julia, lo trajo mi tío Luis. El viejo era un compadrito, peinaba a la gomina, zapatos brillantes, tanguero, boticario empírico, pelotari jactancioso, detective por correo, amiguero de los viernes.

La sedujo a la María –hermosa, mi vieja, ojos celestes de mirada aguda, de humor ácido, la reina del club, bailarina elegante–. Inteligente, rápida para las

matemáticas, con solo la primaria llevaba la contabilidad en la carnicería de mi abuelo.

No quería que hiciera las tareas domésticas: “Vos estudiá, yo no pude porque en el pueblo no había secundaria y el abuelo no me dejó mudar con mis parientes, donde tenía la oportunidad de hacerlo, a pesar de que el maestro se cansó de intentar convencerlo. ‘María es muy inteligente, es una lástima que no estudie’, le decía...”

Del interior profundo.

Bordeando la cordillera, alguna vez de nieves blancas.

Tierra árida que manos campesinas convirtieron en vergel.

Hoy devastada, resistiendo la avidez.

Bajo el sol generoso, testigo de mil luchas.

Terca denuncia ante la indiferencia del poder.

De dónde vengo, se abrieron las compuertas.

De tantos lugares, de tantas historias.

PATRIA

Juan Esteban Wentzel
Aprendiz de compañero.

—*¿No saben que yo soy todos mis hijos?*

¿Por qué atacan a los más débiles?

Resuenan tus palabras dentro mío.

Y mientras voy en el bondi y veo personas revolviendo basura, te escucho de nuevo:

—*Tenés que luchar con el corazón.*

Un sol de primavera baña los brotes recién nacidos.

La calle tiene pecas de charquitos.

¡Patria!

¿Qué es luchar con el corazón?

Luchar con los ojos abiertos. Muy cerca de tus hermanos.

De sus pesares, sus soles, sus sombras, su dignidad pisoteada.

Y no pasar como si no estuvieran.

Porque están. Y con su presencia te quieren decir algo:

Que ellos están en peligro.

Que yo estoy en peligro.

Miro el sol recortado por las torres.

Se empieza a enfriar la tarde.

Subo al subte.

El apuro se siente en los pasos y en los rostros.

Tus palabras me duelen.

Llegamos a la estación Lima.

El vagón acaba de encenderse con Bach.

Te escucho de nuevo:

—*Tenés que militar la liberación.*

Llegamos a Plaza de Mayo.

A lo lejos veo a Diego. Le agradezco su rebeldía y sus goles.

El viento sopla más fuerte.

Con sus ráfagas, tus palabras son más claras:

—*¿Sentís el viento en la cara?*

¿Sentís la lluvia en la piel?

¿El sol tibio de la mañana, el canto de las aves y el olor a café?

El viento, la lluvia, las canciones, los soles, el aroma de la libertad.

Y no quedarse anestesiados, subidos a la rueda del hámster de los celulares.

La cara de Diego se oscurece.

A los pocos metros, la moneda se da vuelta

y me muestra su cara dolorosa.

Por Avenida de Mayo, en esta hora de sábado, hay solo pasos pausados.

Turistas en el Tortoni, palomas de a pie y puestos de diarios cerrados.

¡Patria!

¿Cuántas lágrimas hacen falta para que sea primavera?

Trato de escucharte.

En la 9 de Julio me sorprende un rostro amado.

Y mientras lo contemplo agradecido, me llega tu voz:

—*Sentí, hijo. Poder sentir es poder compartir.*

Es poder cruzar los muros que nos construyen...

Y no te detengas en las lágrimas ¡luchá con el corazón!

Preguntale a Eva. Ella sabe la respuesta.

RODOLFO Y NOSOTROS

*Una noche asfixiante de verano,
frente a un vaso de cerveza, un hombre me dice:
—Hay un fusilado que vive.
No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa,
lejana, erizada de improbabilidades.
No sé por qué pido hablar con ese hombre,
por qué estoy hablando con Juan Carlos Livraga.*

Rodolfo Walsh
Operación Masacre

*Las bombas y las balas silbaban en el horizonte.
De ese paisaje de mi infancia,
yo solo alcanzaba a ver cómo se freían los buñuelos.*

Claudia Bernazza
El fusilado que vive

El idioma de Walsh dominaba todos los registros; le interesaba ser breve y claro para que lo comprendiese el lector pobre de novelas policiales. Esto no se lo van a perdonar jamás ni la sociedad argentina establecida, ni sus acólitos, que nunca quieren perder el tren del poder y se sienten cómodos en sacralizar a sus intelectuales octogenarios hundidos en el suave desencanto de la vida con la metáfora siempre elegante de la duda y el pesimismo.

Oswaldo Bayer
Prólogo Operación Masacre

OTRO 24 DE MARZO

Natalia Pizarro

Riojana.

Peleando con la pobreza que siempre me gana.

Solo ella me gana.

Desde el 24 de marzo, el desayuno de Juan no es el mismo. Ahora es chato, solitario, áspero. Con el pecho cerrado... cerrado, como la fábrica.

Desde el 24 de marzo, Juan ya no desayuna junto a sus compañeros de la Puma radicada en Sanagasta hasta que cerró en el 2017, dejando despedidos a Juan y a 64 "descartables" más.

Desde el 24 de marzo, se acabaron los desayunos llenadores y también la tranquilidad de tener el sueldo cada inicio de mes.

Desde el 24 de marzo, Juan desayuna en su casa, que antes era un rancho hasta que llegó la Presidenta. Desayuna antes de que se despierte su familia.

Juan ahora desayuna un café de desesperanza y sale a caminar la calle con un diario bajo el brazo.

24 de marzo, el desayuno de Juan es otro.

Ahora, chato.

Ahora, gris.

Ahora, solitario.

Ahora, hambriento.

Ahora, áspero.

Ahora, con el pecho cerrado.

24 de marzo, el desayuno de Juan es otro.

Ya no junto a sus compañeros.

Ya no en la Puma.

Ya no llenador.

Ya no tranquilo.

Ya no con el sueldo cada inicio de mes.

24 de marzo, el desayuno de Juan es otro.

Ahora, en su casa, que antes de *Ella* era rancho.

Ahora, café seco de desesperanza.

Ahora, hojeando el diario.

Ahora, antes de caminar la calle.

24 de marzo, el desayuno de Juan es otro.

Ya no de un trabajador.

Ahora, de un descartable.

Texto inspirado en la crisis de la industria argentina, cuando en el 2017 cerró la fábrica Puma radicada en el departamento Sanagasta de la provincia de La Rioja. En el 2025, volvieron los telegramas de despido para sus trabajadores.

¡No más! No más descartables. No más 2017 ni 2025. Sí, más Patria. Sí, más Ella. Sí más Mujeres que se parezcan a la que convertía ranchos en casas, y que se parezcan también a esa mujer que abrazó con ternura al Facundo Cabral niño mientras le decía “claro que hay trabajo, mi amor. Siempre hay trabajo”.

UN MAL CUENTO

Alejandra Melnik

Practicando "el violento oficio de escribir".

Desde el baño escucho los gritos de afuera, en algún momento tendré que salir. No puedo precisar desde cuándo o el momento justo en que él comenzó a joderme la vida. No voy a negar ni a disfrazar el profundo asco que me provoca. Su pelo opaco, crespo, parecido a la virulana, los labios finos encargados de escupir odio, su andar torpe, su olor espeso. ¿Qué carajo le pasó en la vida? Se convirtió en una obsesión, sus manos temblorosas, miedosas. Sus manos que a veces logran torcer mi destino.

Ojo, digo a veces, porque pienso en las putas de San Julián, esas minas dignas, capaces de romper los vientos impetuosos del sur, amantes de hombres curtidos, soñadores, incansables. Tomo fuerzas cuando pienso en ellas.

Hoy estoy encerrada en este baño con olor a mierda, azulejos sucios, me distraigo leyendo las inscripciones en la puerta gris y despintada. Corrijo: no son inscripciones, son testimonios. Algunos iluminan esta soledad oscura, otros destapan un secreto y me vienen ganas de escribir. ¿Qué escribiría? “Hijo de mierda”, porque puta no es una mala palabra, las putas como las de San Julián son decentes, dignas, y vos sos una mierda. Escribiría: “Hijo de mierda, pensás que me cagaste la vida, pensás que solo me queda tiempo para llorar y lamentarme, te equivocás”, firmado para vos “La que siempre vuelve”.

¡Qué loca estoy! Un golpe punzante en la puerta me trae a la realidad, esta realidad jodida por vos. La puerta tiembla, una, dos, tres veces.

—¿Te falta mucho? Apurate porque no tengo todo el tiempo.

—¡Ya voy! ¿Querés que me cague en el camino?

Por unos minutos, los buenos momentos murmuran que valen la pena, la memoria es la salvación. Cruje mi alma. Alma. ¿Tenemos alma o somos un cuerpo que se impone, palpita, grita, fagocita, vive y muere en cada protesta?

Afuera tu reinado, tu dictadura, mientras este baño roñoso es mi refugio. ¿Qué estará haciendo Mario? Tengo que avisarle: al final me tenés. Llegué, llegamos hasta acá de a poco, primero tus vómitos de odio se cargaron con palabras nauseabundas, frases bruscas, filosas, traidoras. Después me acorralaste, después supiste robar lo más querido y, como en la guerra, me tomaste de trofeo. La verdad, tus insultos resultaron ser lo de menos, pero esa piña, esas piñas planificadas, dadas cuando engendrabas una injusticia, fueron las encargadas de levantarme; aunque lloré y me dolieron, resistí como las putas de San Julián desafiando otros vientos. El final llegó cuando te apoderaste de mi cuerpo, ese momento se transformó en el latigazo perfecto para despertar mis deseos, mis pasiones dormidas. Supe aceptar mi realidad, con vos esto iba a pasar, si sos el topo que vino a destruir el Estado, caricatura de superhéroe.

En la tele, un periodista lee el encabezado de un diario: “2026, en su último año, el presidente ejecuta incomprensibles medidas, desde el monumento a un perro, prohibir movilizaciones, fiestas y velorios. Prohibir el color rojo, reemplazar el color blanco de los guardapolvos de las chicas y chicos por el gris. Sacar las papas fritas de las cartas de los restaurantes”.

Representantes de nuestras voces terminaron presos, otros, proscriptos. Estamos atrapados en este cuento de ciencia ficción, un mal cuento. Es la primera vez que hablo en primera persona, porque de esta forma veo todo más claro, en poco tiempo perdí y perdimos la risa, pero decidí y decidimos seguir caminando y caminamos. Salí a gritar y festejar cada una de tus caídas, afuera palos y cárcel.

—¡Dale, apurate! Los golpes me avisan que no es joda. Abro la canilla, recojo el agua con mis manos y sumerjo mi cara, me despabilo, acorto el tiempo. No es joda, se van a quedar con mi cuerpo, seré su trofeo. Aprovecho el ruido del agua y llamo a Mario. Todavía conservo mi celular. Su voz ronca me sepulta en una montaña de recuerdos. Me vienen las últimas marchas, los bombos, los cantos de pasión y la exacta creación popular de sus letras. Mi cuerpo y el tuyo gozando, rozando la libertad y ese calor capaz de quemarme, hierve mi sangre y mis sentimientos. El ritual de la marcha, sentir la calle como una proyección del alma.

Encerrada en este baño, segura de no poder olvidarme jamás de cada uno de sus detalles, en un azulejo estalla el infaltable “Viva Cristina. Cristina Vuelve”, la historia se repite.

—Hola, Mario, no te asustes, perdí, estoy en el baño de un bar, llámame a Claudia, ella sabe qué hacer—. Tu silencio nos paraliza a los dos.

—Mario, si tuviera que elegir pintar esa pared, lo volvería a hacer, si tuviera que gritarle a cada una de sus injusticias, lo volvería a hacer. No sé desde cuándo esto se convirtió en un mal cuento, no sé cuando resucitó el odio, pero voy a tener mucho tiempo para pensarlo, no te preocupes. Los golpes, los gritos, la amenaza.

—¡Salí, abrí la puerta, porque te saco a patadas! Un policía entra rompiendo con la tonfa el aire denso del baño.

—¡Hija de puta, deja el teléfono! Afuera, los que corrieron con mi misma suerte permanecen tirados en el piso esperando, mientras las bombas del 55 explotan robándome los sonidos, la proscripción secuestra las palabras, treinta mil risas me acarician. Aprovecho entre los golpes certeros del pasado y de mi presente para hablarte, no pueden sacarme el teléfono, el policía se pone loco, siento el sabor salado de la sangre de mis labios, pero igual grito.

—Mario, la pared quedó iluminada, la verdad también explota.

—Dame el teléfono, ¿sabés que estás al horno? Con su uniforme immaculado, sigue puteando, amenazando que seré por un tiempo su trofeo.

—Mario, tengo que cortar, acordate, no tengas miedo. Yo siempre vuelvo, volvemos siempre. Volvemos para transformar el final de los malos cuentos.

LA ECONOMÍA DEL DESPOJO

José Mauricio Gurovich

Busco la palabra escondida por ahí.

El titular: Triple femicidio. La bajada: la miseria. El país, aliviado.

El asesinato fue clasificado, y el horror, etiquetado. El crimen se convirtió automáticamente en un subgénero: la barbarie de los pobres. El problema, una vez más, no fue la estructura social colapsada, sino la suciedad del barrio que activa un mecanismo de defensa tan viejo como la República: el sesgo moral y de clase. La víctima, para merecer la piedad, debe ser virgen de contexto; si es pobre y vive cerca del negocio, su muerte es una estadística predecible, no una urgencia nacional. Su vida se vuelve, entonces, un problema de la policía, nunca de la política.

Esto no es un asesinato, es una ecuación muy simple: el Estado tiene dos caras en el territorio. Una, la de las políticas públicas, el derecho al futuro y la promesa de la escuela que está ausente. La otra, la del arma larga, el control en la esquina, la persecución y el derecho penal, presente.

La ausencia de lo primero crea el mercado, la presencia del segundo lo gestiona.

La sociedad se enfrenta a la verdad incómoda de la economía piramidal que anula toda posibilidad de ascenso. La precarización es tal que el trabajo registrado ya no salva de la pobreza; los magros salarios no compiten contra la única oportunidad de movilidad real: la economía de la muerte.

El lápiz no paga, el fusil, sí. El narcomenudeo no es una ideología, es un empleador. Un sistema que capitaliza el abandono y transforma la desesperación juvenil en tropa descartable. El joven asesino no es un monstruo que brotó del vacío, sino un producto moldeado para una única función en la jerarquía del despojo. El narco, donde el Estado no llega con derechos, aparece con soluciones funcionales: una medicación, una ayuda urgente, un rol social oscuro y mortal.

En esto reside la complicidad. La clase media mira el celular caro del joven sicario, pero no el salario mínimo que lo expulsó del trabajo formal. Se indigna por el lujo

prohibido, no por la miseria habilitada. El narco compra lealtades y silencios con la misma moneda que el Estado retuvo. La culpa es siempre del que usa lo que le dan, nunca del que se lo quita.

El trabajo del periodismo no fue informar, fue moralizar: un machismo aberrante que buscó desviar la atención de los verdaderos responsables. El eje de la noticia se trasladó del narcotraficante a la intimidad de las mujeres muertas; se indagó sobre si andaban "en algo raro", si eran "putas o viudas negras". El objetivo fue la clasificación: santas versus putas. Si eran "santas", merecían justicia; si eran "putas" –es decir, pobres, vulnerables y con vidas que no cumplen el estándar de la clase media–, su asesinato era, de alguna manera, su propia condena.

Este sesgo de clase permite a la sociedad juzgar la miseria que no quiere mirar. El periodismo falló en preguntar por la estructura que colapsó: preguntó por la moral, y al hacerlo, se convirtió en cómplice de la naturalización de la barbarie. Porque es esa naturalización lo que permite a las derechas construir una estructura de pensamiento donde la pobreza y la violencia son inherentes al marginal, no un resultado político. Si la violencia es innata, la única respuesta es la represión; así se tapa lo que se desangra con un Estado presente en forma de armas largas y ausente en derechos sociales.

Es necesario hablar del miedo. El miedo no es solo la amenaza del fusil, sino también la parálisis social. La sociedad, por temor al contagio de la verdad, prefiere aislar el barrio, cerrarlo como sea, y convencerse de que "lo podrido" no cruzará la avenida. Es la abdicación de la responsabilidad: la certeza de que, mientras mueran lejos, estamos a salvo: la barbarie tiene las características de la economía de exportación; no conoce fronteras. La indiferencia es el caldo de cultivo que permite que el joven sicario, producto del vacío social, se convierta en el mensajero final del sistema.

El tejido social en los sectores populares está totalmente roto, no hay eufemismos. El triple femicidio no es un hecho aislado, es el emergente de una sociedad que se hunde en la pobreza y, por lo tanto, en la barbarie. El desafío frente al horror es recomponer, y esto no se logra con más cámaras ni con más patrulleros que solo aplastan a los sujetos ya aplastados, sino con la reintroducción urgente de los derechos que fueron robados. Recomponer los lazos de trabajo, de solidaridad y de futuro.

Esto no es un crimen privado, es el resultado en la contabilidad de este despojo, se llama pobrecidio: un crimen de clase que no se resuelve con la cárcel, sino con la política.

El resto es el silencio que nos matará a todos. Es la aceptación tácita de la miseria organizada. Es la complicidad final.

Quien pueda leer esto, queda avisado.

CON LO QUE CUESTA ARMAR UN FULL

César Marchetti

Valentín Alsina, 1969.

Por más que Hugo y Mónica le habían insistido en pasarlo a buscar, él les dice que no, que prefiere arrancar solo, que cualquier cosa se encuentran directamente en la plaza, en el lugar de siempre, ahí en la vereda del Cabildo. Y mientras sale de su casa piensa que así lo viene haciendo desde hace algunos años. Desde que enviudó. Viudo: palabra de mierda hasta para pensarla.

Sabe que avanza despacio. Maldice a la humedad que siente en cada hueso, a las cuadras que le faltan hasta llegar al subte, también a los años, a esta ciudad que pareciera no tener arreglo. Sin embargo, está feliz de ir. Sí, algo perturbado, inquieto; pero sobre todo, feliz. Todo lo feliz que se puede estar un 24 de marzo.

Siente que hay que estar sea como sea. Es tradición, una navidad profana o algo así. Incluso —lo sabe por su nieto— ya es liturgia del comienzo del año lectivo. El ritual incluye ponerse contento por la gran convocatoria, preguntarse entre dientes y sin comprender por qué hay dos marchas, emocionarse al encontrar a viejos compañeros y también al ver a nuestros hijos que llevan a nuestros nietos.

Camina al sol con la campera en la mano. Piensa que la diferencia se siente hasta en el clima. Aquel lo recuerda frío, oscuro, desolado. En cambio, los de ahora tienen más de verano que de invierno, de otoño moderado, de falsa primavera.

El subte, subir a la calle y escuchar bombos, pirotecnia, algún canto. No está mal para arrancar, piensa.

Por más que intenta, no logra descifrar ninguna de las consignas nuevas. Culpa a un megáfono ronco que tapa todo, a la melodía irreconocible, ni se le ocurre que su sordera que avanza pueda tener algo que ver.

Camina por la vereda, le gusta mantener cierta distancia. Cree que así puede lograr una opinión objetiva. Se detiene, levanta la mirada: el paisaje es de emoción y melancolía. Por la calle van las columnas, ordenadas, convencidas de por qué están, de lo que tienen que hacer. Por la vereda va la diáspora, los iluminados, los

que buscan, los que observan, los que están con un pie afuera o adentro de alguna cosa. Hace un paneo y calcula el poder de convocatoria de cada fuerza —otra costumbre añeja—, el componente social, las edades. Con esos datos arbitrarios y dudosos establece un ranking de vaya uno a saber qué cosa. Como sea, cree tener una idea, un argumento, una hipótesis de algo, en fin, un tema para discutir. Piensa en la discusión, piensa en Hugo y Mónica, quisiera encontrarlos. Decide encarar hacia el Cabildo.

Le cuesta avanzar, ahora por culpa de la multitud. Mucha gente. Mucha gente, se dice, y sonrío. Algo de bueno debe tener, piensa y duda. Por primera vez, duda. Una duda, totalmente nueva.

Se detiene ante esos afiches con fotos que ya son emblema, fotos ampliadas, las caras en blanco y negro de los caídos, tan seguros, vitales, inmaculados. Los intuye felices, los sabe eternamente jóvenes. Piensa en él, ya acostumbrado a sus achaques, y en que, aunque estuvo muy cerca de caer, apenas puede contar un par de palazos sobre su espalda en su época de estudiante y alguna noche en una comisaría allá lejos y hace tiempo, mucho antes de la noche eterna: muy poco para sentirse un sobreviviente. Espanta una ráfaga de celos o envidia y se pregunta quién, de una u otra manera, no es un sobreviviente. Piensa y cree no mentirse. Ahora busca compañeros suyos entre esas fotos. No los encuentra pero no importa, se va con los recuerdos, se ve en esos recuerdos con ellos. Puede sentir la angustia, el dolor de la derrota. De haber vivido esa derrota que todavía se siente. La duda y el malestar ya están instalados. Al llegar al Cabildo no gira para buscar a nadie. Sigue mirando hacia la calle, pero esta vez no es un paneo, ahora se detiene en detalles. Siente que está viendo por primera vez algo que conoce. Que creía conocer.

Ve caras nuevas y las de siempre, banderas nuevas y también las de siempre. Las de siempre parecen ajadas. Ajadas pero no resignadas, sino peor: queriéndose convencer de que esto es un triunfo. Vuelve a las fotos emblema y se dice que, como mucho, esto tiene sabor a empate. Y, se sabe, el empate no existe, es un invento. Eso, el empate es antinatural.

¿Entonces? ¿Para qué venimos? Lavamos culpas, recordamos a los muertos, tenemos mártires, vamos con nuestros hijos, llevamos a los nietos, les dejamos un

legado, creemos que triunfamos. Si es así, habría que agradecer que tenemos el 24 de marzo, se dice.

Sin respuesta y ya cansado de los festejos, decide que por hoy ya es demasiado e intenta salir hacia algún lado. Cruza la plaza, de alguna forma llega a la Catedral, se pierde por San Martín.

—¡Flaco!— escucha. El grito es de Hugo, el llamado es inconfundible.

Al darse vuelta ve a Hugo y a Mónica. Pero sobre todo ve a la mujer que los acompaña. Una linda mujer. Una mujer que murmura algo con Mónica y se ríe. Una mujer que lo mira como las mujeres miran a los amigos de los amigos. Ahora comprende tanta insistencia de Hugo y Mónica por pasarlo a buscar: los motivos para venir a la plaza son infinitos.

—Pensamos que no habías venido —dice Hugo— te estuvimos buscando hasta recién. Te presento a una compañera. Nos íbamos a tomar algo, ya estamos cansados.

—¡Mentira! —interrumpe la compañera—, yo me voy porque no soporto más esta fiesta impostada. Qué tal, me llamo Cristina, ¿así que sos viudo? Qué cagada. Aunque quién sabe. Te veo y se me ocurre que le debés sacar el jugo a la situación, ¿no?

Se ríe, se sabe tan solemne que vuelve a reír, a permitirse la risa, al tiempo que propone una pizza con una cerveza, que pueden ser dos, tres, miles. Las necesarias para desempatar, para seguir huyendo de la derrota.

DE UCRONÍAS, DISTOPÍAS Y UTOPIÁS

Néstor Petruccelli

Creador de ficciones que busca mejorar realidades.

Las noticias de la radio o las imágenes de la televisión lo interpelaban: ¿cómo llegamos a esto? ¿por qué la crueldad se volvió una moda?

El gato Roco se había echado sobre los libros de ciencia ficción de su biblioteca. Su pata derecha descansaba sobre *El hombre en el castillo*, de Philip K. Dick, esa novela de ucronías.

Pensó cuántas veces la historia de nuestro país se había torcido para el lado equivocado. Se encontró maquinando posibles ucronías argentas. Imaginó que el general Belgrano hubiera llevado a cabo su idea de una monarquía constitucional con el inca Túpac Amaru, que Bernardino Rivadavia nunca se hubiera sentado en el famoso sillón, y que un general San Martín no hubiera tenido que exiliarse para resguardar la vida de su hija Mercedes.

Se dejó llevar. ¿Cómo podría haber sido otra historia? Si el loco Dorrego no hubiera sido fusilado, si los caciques hubieran vencido al general Roca en la mal denominada Campaña del *Desierto*, si don Hipólito Yrigoyen no hubiera sufrido el primer golpe militar. Una Argentina sin el pacto Roca-Runciman.

En uno de esos giros, el artista Daniel Santoro no habría tenido que pintar el bombardeo a Plaza de Mayo. O, al menos, esas imágenes ocuparían un lugar tan vivo en nuestra memoria como el Guernica de Picasso.

Entre sus estantes, sobresalía *El Eternauta*, cien veces leído, en versiones a color y en blanco y negro. Se detuvo en la frase que acompañaba una viñeta: “Una cita con el futuro: *El Eternauta*, memorias de un navegante del porvenir”. Una ficción premonitoria y trágica para su autor, Héctor Oesterheld, para su familia y para todo el país.

Escéptico, pensó cuántas veces fuera de la ficción hubo advertencias, y aun así, las crisis sociales y políticas se repitieron como en un bucle, dejando una amarga sensación: esto ya lo viví.

Las películas también anticiparon futuros distópicos. Entre su colección de DVD estaba *Lo que vendrá*, una nacional de ciencia ficción de los años ochenta que tomaba como referencia el asesinato del joven obrero metalúrgico Dalmiro Flores en la movilización de la multipartidaria del 1982, a manos de policías de civil. El film pregunta: “¿Qué pasaría si este hecho se repitiera continuamente? ¿Cómo se vería una sociedad acostumbrada a sucesos así?”. Los episodios de fines de 2001, con 39 muertos y más de 500 heridos en todo el país, parecían dar una respuesta.

Recordaba el reciente caso del fotógrafo Pablo Grillo, herido por el disparo de un efectivo de Gendarmería durante otra movilización.

Entre sus libros, *1984*, de George Orwell, compartía estante con los textos de Jauretche, un encuentro nada casual. Recordó la frase de don Arturo: “Ignoran que la multitud no odia, odian las minorías, porque conquistar derechos provoca alegría, mientras perder privilegios provoca rencor”.

En su novela, Orwell describía una práctica denominada “los dos minutos de odio”, en la que cada día los ciudadanos descargaban su furia contra quienes consideraban opositores políticos. Esa escena parece hoy más vigente que nunca, con medios de comunicación y políticos que inoculan diariamente su dosis de veneno.

Entre las noticias que le provocaban mayor bronca e impotencia se encontraba el decreto que autorizaba a fuerzas militares yanquis a realizar ejercicios en la base naval de Ushuaia: recordó la película *Los últimos* (2017), cuya trama mostraba nuestra región devastada por el saqueo de los recursos naturales, mucho antes de que la comandante del Comando Sur, Laura Richardson, revelara el interés de Estados Unidos en el litio, el petróleo y el agua dulce de América Latina.

La pregunta volvió a surgir: ¿cómo pudimos llegar a esto? A esta distopía en la cual un hombre con una motosierra y frases sórdidas sobre niños en un jardín de infantes consigue el apoyo de una parte de la sociedad, hasta incluso de familiares y amigos.

La Argentina vislumbrada a partir de diciembre del 2023 parecía extraída de la serie *El cuento de la criada*, de la novela de Atwood, quien se inspiró en la

dictadura cívico-militar argentina –con el robo de bebés, las torturas y autoritarismo– para construir su distopía.

En la adaptación televisiva, la voz en *off* de June, la protagonista, advierte: “Antes estaba dormida. Así es cómo ocurrió todo. Cuando masacraron el Congreso, no despertamos. Cuando culparon a los terroristas y suspendieron la Constitución, tampoco despertamos...”. Todo el relato, acompañado de imágenes de represión en una sociedad militarizada, exhibe un régimen fascista que se sostiene bajo un simulacro de enviados de Dios. Por eso, al final, la voz de June resuena con fuerza: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia”.

El gato, de un salto, se alejó de la biblioteca. Podía ser un buen momento para dejar de lado tanta ficción. Tenía temor de imaginar otra distopía, como *Los juegos del hambre*. Prefirió sentir que es tiempo de abrazarse a las utopías, porque, como dice Galeano, las utopías sirven para caminar.

JUNTOS

Marcelo Alberto Salleses

*Escribo a mano alzada en el bar,
lo que me trae algunos inconvenientes con los mozos.*

Él disfrutaba de su café. Había dejado atrás la influencia saludable de su profesora de yoga que le proponía tomar té de buenos aromas. Aceptó el convite y durante semanas tomó té hasta que la profesora –bonita, sensible, atrayente– le habló de su pareja y de su próximo casamiento. Al día siguiente, en la clase, se despidió como un yogui y se lo escuchó decir: “Na más té, ahora, café”.

En eso estaba mientras repasaba el lejano ayer de su juventud. Cuba, la lucha y sus convicciones, que le hicieron creer que la revolución estaba ahí, a la vuelta de la esquina, y que extendiendo la mano se podía tocar. El ideal soñado: justicia, vivienda, trabajo, educación y una vida solidaria para todos, y con todos.

La movilización estaba convocada para las 11 de la mañana. El reloj de la cocina le avisaba que era hora de salir a la calle. Hay citas a las que no se puede llegar tarde. En la parada del colectivo, notó que varios iban a la concentración. Banderas y brazaletes de agrupaciones políticas anticiparon el encuentro.

Cuando llegó, hizo lo que siempre hacía: se acercó al lugar donde entregaban pancartas con la imagen de algún desaparecido durante la dictadura militar.

Buscó conocidos y los encontró sosteniendo carteles, conversando, riendo, sufriendo, saltando y cantando.

Participaba de ese ritual complejo y contradictorio de angustia, bronca y decisión combativa cuando se dio cuenta de que una mujer, que también llevaba un cartel, lo observaba.

Pensó: si es conocida, no la recuerdo... No, no la conozco, pero si quiere, podríamos conocernos. Sin muchas explicaciones, se fueron acercando hasta ponerse uno al lado del otro. Marcharon varias cuadras en silencio.

Él sostiene, con sus 70, el cartel de Mónica; ella, con 68, el cartel de Ernesto. Mónica y Ernesto. Jóvenes que pusieron toda la vida al servicio de un hombre nuevo y de una sociedad libre.

Hacía años que Mónica y Ernesto no se veían, desde la detención, la tortura y la obligación de callar para sobrevivir. Ahora se encontraban y en sus ojos desconcertados brillaba un abrazo de gozos y peligro. Se habían conocido cuando cursaban el secundario y todo era posible.

Continuaron encontrándose y enamorándose en la agrupación política estudiantil, hartos de militares, de impuestos y aulas censuradas. Crecieron, como todos, con lecturas desordenadas, advertencias y cuidados familiares, con la voluntad de confrontar los miedos y la muerte. Sus padres, sus abuelos les decían “Mejor no te metas”, y ellos contestaban “No te metas y así de mal estamos”.

Ellos tenían para comer, otros sufrían hambre. En el banco de una plaza, se enamoraron. Cómplices y sedientos se casaron, entre la alegría y el compromiso de sus compañeros militantes y el desconcierto de sus familias.

Mónica, alias Bibí, y Ernesto, alias Tuco. La dictadura genocida los separó, y ahora, el pueblo en la calle con sus pancartas los juntaba para siempre.

La marcha terminó.

El hombre y la mujer dejaron los carteles en la APDH.

Él animó una pregunta y ella le respondió “namasté”.

Él tropezó.

Se los vio alejarse, juntos.

LA PARTIDA

Carlos Cagni

El exilio es un eterno regreso.

Nacemos y nos cortan el cordón umbilical.

Nos destierran y nadie viene a cortarnos la memoria.

Juan Gelman

Primer día de julio de 1976, viaje aparentemente turístico en el tren Urquiza rumbo a Misiones. Turistas bastante raros, Adriana y yo. No solo por la inocultable tristeza de nuestros rostros y los documentos truchos que nos identificaban, sino por errores elementales que contradecían la máscara elegida. ¿Qué hacía en nuestro equipaje ese juego de cubiertos para ocho comensales tan buenos que nos regalaron cuando nos casamos? ¿Y cómo justificar en un control policial el tremendo reloj despertador que Adriana consideró imprescindible para no quedarnos dormidos y nos echaran de los trabajos que seguramente conseguiríamos en el futuro europeo?

Boleto de ida hasta Posadas, Misiones, pero con la mirada concentrada en dar con lo más poroso de las fronteras: quizá lo más propicio fuera Paso de los Libres. Cuando se opta por una frontera terrestre, resulta insalvable la necesidad de atravesar territorios de países aunados, bajo el paraguas de la seguridad nacional contra los enemigos internos (Operativo Cóndor). Tratar de llegar a Europa con el miedo y la culpa a cuestas. Y la tremenda incertidumbre del abismo de espacio y tiempo que espera al final del camino si la partida culmina con éxito.

Tal vez el Petrus¹ nos acompañe en este trance aunque después no le podamos seguir el tranco. “Estamos más cerca de la muerte que de la victoria”. Lo pensó el Petrus y lo escribió en una carta. Con esta convicción siguió militando. ¿Compromiso? ¿Responsabilidad? ¿Perseverancia? ¿Culpa? ¿Qué ética mueve a un militante con esa lucidez política para seguir hasta la muerte una causa que vislumbra perdida?

¹ El Petrus, Horacio Campiglia, fue secuestrado en 1980 en el aeropuerto de Río de Janeiro, cuando regresaba a la Argentina en el marco de la contraofensiva montonera. Su compañera, Pilar Calveiro, y sus hijas, Mercedes y María Campiglia, acaban de publicar *El Petrus y nosotras*.

Tengo (tenía) la misma edad que el Petrus, y en ese entonces, a mediados de la década del setenta, yo pensaba lo mismo. Sin embargo, opté por el destierro. Sí, digo *opté* porque el concepto de exilio forzoso lo aprendí después. La misma convicción, el Petrus y yo, pero dos conductas opuestas. No es la única diferencia. El Petrus llegó a la Carolina Natalia² y yo, a aspirante.³

Cuarenta y ocho años después, algunos días que amanezco bajoneado, me siento una rata que se subió al primer barco que zarpaba y dejó atrás el riesgo de aquella aventura política. Otros días, ando con la autoestima subida a la parra y me da por vanagloriarme de mi inteligencia estratégica que supo anticipar la derrota. Y no logro coronar una síntesis superadora, algún punto de equilibrio, tipo “cagazo espabilado” o “lucidez escurridiza”.

Borges, en uno de los poemas para las seis cuerdas, sostiene: “Entre las cosas hay una / de la que no se arrepiente / nadie en la tierra. Esa cosa / es haber sido valiente”.

No voy a alardear de mi cobardía, ninguna alharaca. No voy a negar mis días malos perseguido por la culpa y el miedo.

Borges, yo tampoco estoy arrepentido y no veas las ganas que tengo de seguir vivo.

² Carolina Natalia es una expresión que intentaba encubrir que nos estábamos refiriendo a la conducción nacional de Montoneros (qué infantil suena hoy aquella manera de encriptar).

³ Aspirante. El nivel más bajo de la organización.

UN DÍA QUE EMPEZÓ LA NOCHE ANTERIOR

Leonardo Amaro Reyes Aguilera

Hay días y días.

Acá estoy. Mi ropa está mojada. La mañana, fresca, pero me siento bien. Es octubre. Primavera. Somos muchos. En la plaza hay árboles, la gente trepa y se queda ahí. Parecen frutas. Otros, sobre los postes de la luz y de los semáforos. También se quedan ahí esperando. Todos esperamos.

Vacaciones pagas

Hace varios días que el coronel renunció y se fue. La radio dijo que se había ido a una isla del Caribe a descansar. En el sindicato hablamos del asunto y algunos dijeron que estaba bien que el hombre descansara. Unos pocos opinaron que estaba mal abandonarnos en medio del río.

Aguinaldo

Francisco, el botero del riachuelo, me contó que el coronel estaba preso en la isla Martín García y que podríamos ir a rescatarlo. Él ponía el bote y con cuatro buenos remeros llegaríamos en un par de horas. Hablé con Pedro, el albañil, y con Juan, el carpintero. Quedamos de acuerdo en que el catorce a la noche partiríamos desde abajo del puente de la Boca. Pedro y Juan llevarían algo para comer y yo, el vino y linternas. Ese día amaneció nublado y con sudestada. No fuimos.

Estatuto del peón rural

Ayer la CGT decretó el paro para el dieciocho. Varios se opusieron, pero estaban Evita y Mercante y no jodieron más. En la madrugada de hoy escuché ruidos de pisadas apuradas en la calle. Me asomé por la ventana y vi mucha gente corriendo con caras alegres. “¿A dónde van?”, les grité... “A la plaza”, alguien contestó... “Lo movieron al coronel, está enfermo y lo llevaron al hospital”, dijo otra voz. Me sumé al grupo. Llegamos al Riachuelo. Habían levantado el puente. Fui a buscar a Francisco, lo encontré en el camino. Ya sabía la noticia. En el bote solo cabían ocho personas. Fueron quince. Otros, como yo, nos tiramos al agua y nos sujetamos del bote para cruzar.

Convenios colectivos de trabajo

Es mediodía. Ya se secó mi ropa. Hace calor. Gente refrescándose en la fuente. Se acerca Pedro con pan y salchichón. La plaza está llena. A la tarde, en un balcón de la Casa Rosada, instalan parlantes y desde allí una voz nos pide que nos vayamos.

El griterío de insultos y carcajadas es estruendoso. “¡Nos iremos cuando veamos al coronel!”, gritan miles de voces. La noche nos cae encima. Se ilumina tenuemente el balcón de los parlantes. Estamos atentos. Vemos a militares que abrazan a alguien que levanta los brazos. Gritamos alborozados. Nos abrazamos. Miramos hacia el balcón y aún la figura sigue con los brazos en alto. Es un maniquí. Nos enardecimos. “¡Les vamos a quemar todo!”, amenazamos con los puños crispados. Las luces del balcón se apagan. El reloj del cabildo da once campanadas. En el balcón hay nuevos movimientos. Se encienden las luces y con los brazos en alto sale él y saluda, nuestro Coronel.

CUADROS

Leopoldo Mario Piazza

Unas veces me siento a escribir, y otras, simplemente a escuchar.

La calle en esta cuadra es angosta, la vereda lo es aún más. Los carteles luminosos de cada uno de los comercios –verdaderos sucuchos, habitaciones pequeñas, sucias, precarias, mal iluminadas y ventiladas– se codean entre sí para ganar presencia. Otro tanto sucede con los peatones, que en ocasiones bajan de la acera para poder avanzar, enfrentando el riesgo de toparse con un colectivo o, en el mejor de los casos, con un automóvil.

En esas condiciones, un encuentro de dos solo se podía producir controlando variables diversas.

Para mí era sencillo: ella con su embarazo avanzado, muy visible aún en medio de ese gentío; además, a diferencia de lo que sucede hoy, por aquella época, al verla, los peatones que trabajosamente avanzaban, le hacían espacio.

En mi caso, salvo mi ceño fruncido, nada me atajaba la marea humana, y menos hacerme visible.

Igualmente estaba bien pactado, tal hora, tal cuadra, Vos avanzando desde-hacia (nunca quietos, lo que nos haría más visibles) y a tal hora (puntual).

No logro recordar cómo se concretó el encuentro (no existían los celulares, y los teléfonos estaban cuidadosamente tabicados y con un uso limitadísimo).

Es probable que esta fuera una alternativa para situaciones de emergencia.

Tal vez en el último control, Ella me había comunicado la necesidad del encuentro.

Como sea, allí estaba, remando contra la corriente humana, atento, en la hora correcta, en el lugar acordado, moviéndome.

Finalmente la veo venir de frente, puntual, braceando con el brazo derecho con un modo que le era propio. Sus siete u ocho meses evidentísimos, su cartera de cuero gigante en bandolera sobre su izquierda. Sin dudas, era Ella.

Nos saludamos con un beso de mejilla y me guió en dirección a nuestro destino.

En pocas cuerdas resumió la situación. Es admirable el poder de síntesis que ejercitábamos por entonces.

“A mi compañero lo están siguiendo, puede caer en cualquier momento. Y no es raro que yo también. No tengo dónde pasar la noche. Pensé que, si me hacés la gamba, alquilamos una habitación en un mueble para esta noche”. Se me impuso un sí compañero. Y hacia allí nos dirigimos.

Estaba sobre una lateral a la del encuentro. Como era de esperar, nos recibió un gallego. Sin muchas preguntas, suponiéndonos pareja y previo cobro por anticipado, nos condujo a la habitación con baño privado. Sin ventana, con un agujero en el techo para un supuesto extractor que, como era invierno, no ocupó nuestro interés. Repasé el cuarto, el baño.

—¿Todo bien?

—Sí, sí —contesté—, hay poco papel higiénico.

—Qué cagada —dijo riendo—, necesitaría más.

—Voy a pedirle al gallego —y tomé el teléfono de la habitación.

—No, no le pidas —me dijo, temerosa de alertarlo y que pudiese llamar a la cana.

—No puede ser, con lo que cobra—. Y llamé.

Al rato golpeaban la puerta, era el gallego con un rollo de higiénico sin empezar. Se lo mostré triunfante a Ella, que me lo sacó de la mano y entró al baño.

—¡Gracias!

Ya estamos recostados en la cama. Ella hacia la cabecera, y yo hacia los pies (no había mucho más espacio en el cuarto).

Ella se dedicó a revisar sistemáticamente una serie interminable de papelitos. Sacaba uno del lado izquierdo del corpiño, lo desplegaba, lo leía y, o bien se lo

comía, o bien lo pasaba al lado derecho. También sacó algunos del interior del pantalón, que inspeccionaba uno a uno. Increíble el archivo que llevaba. Claro, era responsable...

Cuando concluyó la tarea de limpieza y orden, propuso que durmiésemos. Estábamos acostados, hacía frío, nos acercamos suavemente para darnos calor...

Tardé un rato en conciliar el sueño. No recuerdo si cenamos, si desayunamos (creo que sí). Cuando salimos, nos despedimos, Ella había resuelto dónde ir, Yo me dirigí al laburo.

Valentín Mastrangelo

*Me aburro rápidamente de todo,
excepto de ser argentino y peronista.*

Hace un tiempo escuché por las redes que un ex preso político decía que en la cárcel de Caseros debían ver a sus familiares a través de un vidrio y que en las visitas posaban su mano en ese vidrio haciendo espejo con la de sus madres o de los hermanos que los visitaban.

“¡Cristina!”, le dijo a #CristinaPresaPolítica, mirando su ventana. “Poné tu mano en el vidrio de la ventana y todos los que te estemos viendo sentiremos que se posa en nuestros corazones... Y en tu mano sentirás el latido de millones de corazones que te aman”.

Estoy parado en la esquina de su casa. Son las 11:11. Espero que suceda.

José es colectivero, maneja inquieto hasta que el semáforo de Triunvirato y Calchaquí lo obliga a detenerse. Respira aliviado. Mira la hora. Son las 11:11. Pone la mano contra la ventanilla del colectivo. Su corazón late más fuerte por unos instantes. Instintivamente, mira hacia atrás por el espejo y ve una mujer con un bebito en brazos que tiene su mano apoyada en la ventana. Se le empañan los ojos.

María es de José León Suárez. Está haciendo la limpieza en un departamento de Barrio Norte. Mira su reloj. Son las 11:11. Cambia de habitación para que su patrona no la vea. Pone su mano en el vidrio de la ventana. Ve que su amiga Estela está haciendo lo mismo en la ventana del departamento de enfrente. Siente su energía y la de miles o millones quizá, que están enviándole ese mensaje a Cristina.

Marta es maestra en una escuela de Rafael Calzada. Son las 11:11. Interrumpe la clase. Mira hacia el patio y apoya su mano en el vidrio de la ventana. Se queda ensimismada. Cuando gira la cabeza, ve que varios de sus alumnos la están imitando. Sonríen cuando ella los mira sorprendida.

No saben que en ese momento en Santiago del Estero, en Formosa, en Santa Cruz, en España, en México y en miles de otros lugares hay otras almas repitiendo ese gesto.

Estoy parado en la esquina de su casa. Son las 11:11. Espero que suceda.

Cristina: son las 11:11. Poné tu mano en el vidrio de la ventana y todos los que te estemos viendo sentiremos que tu mano se posa en nuestros corazones. Y en tu mano sentirás el latido de millones de corazones que te aman.

SIN PRONUNCIAR SU NOMBRE

Gerardo Lapilover

Aprendí a abrir todas las puertas. Es tire o empuje.

En la búsqueda de un personaje, mi primer impulso fue mirar alrededor. Pensé en los compañeros de este grupo –aunque, más allá de su habilidad con las palabras, lo más destacable sería que uno no tiene Facebook y el otro no puede estar callado–, pero me pareció un retrato de poca envergadura.

Pensé entonces en ese personaje que todos tenemos en el barrio o la familia. Como el chino de la vuelta de casa que me saluda con un “¿qué hacés, boluro?”, toma mate y cierra los domingos. Pero caí en la cuenta que, como leí por ahí, los personajes somos nosotros, herederos de una cultura que a veces sentimos hecha pelota.

Mi mente recorrió figuras más universales ¿Qué nuevo homenaje podría hacerse de aquellos que ya no necesitan nombre y apellido? ¿Qué queda por decir de Ella, de Eva, de Hebe, de Lula, del Pepe, de Heidi? Nada que sea original. Nada que sea nuevo. Todo parece ya dicho.

En ese recorrido la memoria encontró, inevitablemente, su destino. Un territorio donde la leyenda se vuelve carne. Un personaje que se diferencia. Uno que fue ángel y demonio. Uno que hizo levantar al Negro Fontanarrosa antes del mediodía y declarar: “No sé ni me importa qué hizo con su vida; sé lo que hizo con la mía”.

En esa frase está la razón de este intento. Porque a mí también me llenó la vida de gritos de gol, de exclamaciones ante gambetas y rabonas imposibles, de lágrimas y alegrías desbordadas. Colmó mi mundo de música y de frases como la que le dedicó a los japoneses: “A mí no me dejan entrar por falopero, y a los yanquis que les tiraron dos bombas, no hay problema”.

Es el autor de ese sentimiento que nos regaló en el Azteca cuando humilló no una sino dos veces a los piratas que mataron a nuestros pibes. Es el generador de ese

relato del “barrilete cósmico” que, aunque lo escuche mil veces, me pone la piel de gallina, cosa rara para un racinguista.

Porque tal vez Dios no existe pero tiene una mano. Porque el amor existe y puede ser eterno, como la pelota y esa zurda que la acariciaba.

Pero lo que lo eleva a la categoría de gigante es que, a pesar de tener abiertas de par en par las puertas de los poderosos, decidió enfrentarlos. Esa elección es lo que lo hace único.

Esta es mi pretensión: rendirle homenaje sin pronunciar su nombre. Escribir sobre él, capturarlo con palabras, para transmitir aunque sea una parte de lo que generó en mí.

Por eso quise escribirlo. Para señalar, sin nombrarlo, su huella. La que nos hace ser quienes somos.

TRIUNFO EN MONTE CASEROS

Juan Alberto Zandona

Nacido en el Taragüi.

Hace unos días, una compañera me contó que el ex gobernador electo (nunca asumido) de la provincia de Buenos Aires Andrés Framini, en el año 1962, estuvo escondido en la casa del compañero Juan Gogorza en Alvear y Perello, Monte Caseros, Corrientes, producto de la persecución del gobierno del entonces presidente Frondizi y los militares golpistas. Luego lo ayudaron a cruzar el río Uruguay y trasladarse a Bella Unión, departamento de Artigas, tierra donde el Pepe Mujica y Raúl Sendic iniciaron, en esa misma época, la marcha de los cañeros a Montevideo.

En ese momento, entendí que la memoria colectiva de nuestro pueblo está adormecida por la falta de información sobre nuestra historia local. Construir la historia no es fácil. Debemos ir en busca del pasado de nuestra patria chica y, desde esa impronta, sentar las bases de un país federal, con sus costumbres e idiosincrasias.

Mucha agua pasó por bajo el puente, pero poco se sabe de la actuación —a partir del año 1943 con la Revolución de los Coroneles y de aquel 17 de octubre de 1945— de los compañeros y compañeras que dieron vida a aquel proceso en el departamento Monte Caseros.

Aquel 24 de febrero de 1946 se presentaba soleado, se respiraba la esperanza en los tiempos por venir. En la vereda de la Escuela N° 88 del Centenario, sobre la calle Juan Pujol, tuvo lugar un diálogo entre un joven Carmelo Peroni, protagonista fundacional del peronismo montecasereño, Antonio Gogorza, recién llegado de España luego de cursar sus estudios de economía en el viejo continente, y Ramón Cruz Ramírez, ferroviario y dirigente gremial.

—Hoy se inicia una nueva etapa en la Argentina —les decía Carmelo a sus interlocutores—, y nuestro pueblo, Paso de los Higos, del departamento Monte Caseros, será un mojón histórico en el resultado electoral que consagrará a Perón

como presidente. Siento que llegó el tiempo de que los trabajadores tengamos un papel en la vida de nuestro municipio.

Ramón Cruz Ramírez le responde que coincide, y que está muy conforme con que el movimiento de los trabajadores integre el Partido Laborista, gestado hacía apenas unos meses. Antonio Gogorza intercede en este diálogo, mientras las mesas electorales ya estaban funcionando y los electores participaban de manera activa desde temprano.

—Entiendo —dice Antonio— que la mejor forma de honrar el proyecto que propone el general es tener una propuesta a nivel local donde podamos desarrollar sus ideas.

Dicen que hasta 1941, año en que el municipio de Monte Caseros cambia de categoría de comisión municipal a intendencia y se elige el primer Concejo Deliberante, la inexistencia (mejor dicho, la ausencia) de partidos políticos fuertes —tanto nacionales como provinciales— hacía que las “fuerzas vivas” de entonces, el Centro Comercial, el Club Citricultores Unidos y el Consorcio Caminero con un padrón de electores calificados, eligieran los siete concejales de ese *lobby* económico empresarial sin ninguna representación de partidos.

—Debemos participar activamente —dice Antonio Gogorza, complementando las opiniones de Carmelo y Ramón Cruz—. Es inconcebible que solamente los ricachones y estancieros sean dueños de la opinión pública.

Ese día fue inolvidable para Argentina y para Monte Caseros. El triunfo de la fórmula Perón-Quijano fue contundente. Corrientes fue la única provincia en la que el peronismo perdió y el Colegio Electoral eligió como gobernador a un integrante de la Unión Cívica Radical apoyado por los conservadores provinciales. Sin embargo, en el departamento Monte Caseros, el ganador indiscutido fue el Partido Laborista, que aportó al proyecto nacional 2435 votos, el 66,6 % del electorado local (Laborista + UCR-JR). Quedan muy lejos de este resultado el Partido Liberal con el 14,8 % de los votos, y en tercer lugar, la Unión Cívica Radical oficial, con el 9 % de los votos.

Ese día la alegría invadió las calles montecasereñas. Un nuevo escenario se iluminaba en ese atardecer de febrero, y estos compañeros se convertirían en protagonistas de las décadas venideras.

UNA BALDOSA PARA BLANCA

Mabel Seguro

Me gusta jugar, siempre.

Blanca era enfermera. Mujer. Militante. Montonera. Mamá de Eugenia y abuela de Cristina, Zoe y Cata.

Septiembre de 2019. En el Espacio para la Memoria y Promoción de Derechos Humanos ex Olimpo, hicimos la baldosa para Blanca. Un sábado de sol en plena pandemia, con barbijos y choques de puño en lugar de abrazos. Imposible compartir el mate, pero ahí estábamos desafiando al Covid con nuestras familias y los compañeros y compañeras militantes. Sonaba Calle 13 mientras enterrábamos nuestras manos en arcilla.

La estrella federal a la izquierda. Blanca Cristina Buenanueva, militante popular detenida desaparecida por el terrorismo de Estado el 8 de septiembre de 1976.

Estas baldosas dejan una huella en los lugares donde vivieron, trabajaron, estudiaron y militaron nuestros compañeros. Trazan puentes entre generaciones para evitar el olvido. Lo reparatorio no es la baldosa en sí, sino el acto de construirla entre todos.

—¿Sabés qué pasa? —dijo alguien— Estas baldosas significan mucho cuando no hubo ni hay posibilidad de despedida, cuando no hay una tumba a la que acercar unas palabras o una flor.

Dos años después llegó el día de colocar la baldosa. Otro sábado de septiembre, con algún eco de ese Covid que parecía no irse nunca del todo.

Esa tarde, nuevamente, acariciaba el sol. Costó llegar. En el recorrido por esas calles de tierra nos cruzamos con un picadito en un potrero, la cumbia o el reguetón a todo lo que da, murales que cuentan historias. Pasamos frente al Estrella Roja, el “Potrero de Dios”, el club donde jugó el Pelusa. Muchas ventanas de las casas son kioscos, los vecinos se saludan y se invitan a compartir una birra o un fulbito.

Llegamos a una esquina donde se empezaron a escuchar los bombos. Me dejé llevar por esa música inconfundible que nos acompañó hasta Larrazábal 2017, Villa Fiorito. Dios nos esperaba.

Reencuentros, abrazos en los que nos dejábamos caer como hacía casi un siglo que no sucedía. Barbijos intervenidos: Hijos, ATE Capital, Sindicato de Sanidad.

—*¡Nico querido! ¿cómo estás?, te extrañé tanto...*

Están Karina y Valentina, su hija. —*¡Seguramente es tu primera baldosa, Valen!*

Adolfo, como siempre, estaba en la organización y, como siempre también, nos daba indicaciones.

Estaba Martín, “El Tincho”, con su infaltable cámara pero esta vez hinchado de orgullo porque venía a presentar a Eva, su hija más pequeña, nacida en pandemia. Ahí la teníamos, y de brazo en brazo nos pasábamos a una Eva que sonreía y se dejaba hamacar y acunar por los tíos y tías que no habíamos podido celebrar su llegada.

Eugenia lee: “Aquí pasé los días más bellos de mi vida, tenía un patio, una tortuga y la visita constante de un montón de tíos y tías que siempre traían alfajores, golosinas y una guitarra. Eran divertidos, pero sobre todo, querían un país con oportunidades para todos nosotros y luchaban por una patria más justa.

Mi mamá, Blanca, sostenía el hogar y había sacado un crédito hipotecario para pagar esta casita hermosa con patio, tortuga, tíos y tías que se acompañaban todo el tiempo.

Pero en el año 1976 llegó la noche más oscura. Me robaron mi casa, mi vieja, mi tortuga y mi identidad.

Tardé unas tres vidas en recuperar mi identidad legal y otras tantas en lograr reconocermme como Hija de una militante desaparecida. Lo logré cuando me acerqué a una unidad básica y comencé a construir el camino que me trajo hasta acá. Aquí estoy, de regreso al lugar donde fui feliz.

Fue gracias al amor y el compromiso de mis compañeros y compañeras que pude reconstruir mi vida, rescatar la memoria de mi vieja y entender que querían un país más justo para todos y todas.

Quiso el destino que este homenaje se hiciera un día como hoy, 18 de septiembre de 2021, en pandemia, un momento en el que entendemos como nunca antes la labor insustituible de los trabajadores de salud. Estamos homenajeando a una enfermera con un fuerte compromiso social y político, que entendía la salud como un derecho humano y luchaba para que fuera pública y de calidad. También luchó para preservar los derechos de las y los trabajadores de salud.

La dictadura llegó para robarnos la dignidad, la posibilidad de vivir en un país más justo e igualitario. Fue un plan económico y la única manera de instalarlo fue a través de un genocidio.

Pero hoy estamos con mis compañeros y compañeras, con mis hijas, con las amigas de mi mamá (las tías), porque la memoria es el destello incesante que barre aquella oscuridad que nos impusieron. Somos parte de un pueblo que lucha por su dignidad y por la justicia social. Porque los 30 mil nos enseñaron que jamás seremos vencidos, ni aún desaparecidos”.

BLANCA CRISTINA BUENANUEVA, PRESENTE.

AHORA Y SIEMPRE

AHORA Y SIEMPRE

AHORA Y SIEMPRE

Esa tarde, el sol de Fiorito brilló sin tregua. Estábamos reunidos Blanca, Dios y nosotros.

AURORA Y NOSOTROS

Los anormales, los animales, los locos. Los sobresalientes.

Todos tenemos derecho a la vida.

Aurora Venturini

Qué parecida a Evita era la abuela, se me escapa,

y enseguida me arrepiento.

No se habla de política ni de religión

en las reuniones de esta familia.

María Urrutia

Qué parecida a Evita

LA MUJER DEL CARRO (SOMBRAS Y ESTAMPITAS)

Analía Delgado

*Nacida para molestar,
de ahí mi necesidad de incursionar en los pecados capitales.*

¿Por qué motivo la felicidad humana ocupa tan poco espacio?

Roberto Arlt

Tan cansada como harta, tan triste como no debería, tan arrastrando el carro con mi piba que me duelen todos los huesos.

Me levanto cuando todavía está oscuro, me visto rápido, como puedo, porque hace mucho frío. La estufa y el olor a kerosene son peligrosos de noche. Más vale casi muertos que muertos. Alguno se despereza, la más chica, la que no va al colegio todavía... por suerte me salió aguantadora, y compañera. Dicen que los pibes nunca tienen frío... ¡Ja! Porque no durmieron abajo de cuatro chapas. Ahí no hay trapo que te caliente.

Nos tomamos unos mates, calladitas para no hacer ruido, al de ella le agrego un chorrito de leche, la envuelvo con frazada doble. Como todas las mañanas, agarro la estampita del santo, que no ayuda, pero igual lo aprieto fuerte por si acaso, la pongo en el bolsillo, me peino y salimos.

Por suerte no llovió, amagó pero al final no. Es más fácil así, con la tierra seca, porque entre los pozos y el barro, hacer rodar el carro viejo y enclenque se complica. Lo encontré tirado como chatarra en el basural, me lo traje, lo limpié un poco y entre los cinco, mis pibes y yo, lo acomodamos lo mejor que pudimos.

La cosa es que ahí vamos, se ven las luces del centro.

—Qué lindo debe ser andar así de iluminados, y no cagadas de miedo por los pasillos y las calles oscuras.

—¿Qué dijiste, mamá?

—Dije que son lindas las luces, ¿las ves?

Me sonrío, da unos saltitos, de golpe se da vuelta y me pide que la suba al carro para ver mejor. Debe estar cansada.

Alzo la vista y me digo que por suerte amanece un poco más temprano.

Pienso en los que quedaron en la casa y tienen que levantarse para ir a la escuela. Espero que Naty los acomode y los lleve; ojalá no se duerma, anoche llegó tarde, pero es de fierro, mi negrita.

Dicen que como andamos en la calle, todo el día rodando y cartoneando, no nos importan los hijos, que los dejamos solos. Qué mala es la gente. Si me apuran un poco, la verdad, me quedaría durmiendo porque soñando todo parece posible, un plato de comida caliente que reparta confianza, un techo bueno que cubra cuando el frío y la lluvia congelan, un colchón seco que entibie el cuerpo.

Si no fuera por ellos, para qué seguir en esta vida. Changuando... y sufriendo.

Pasamos por el comedor del barrio que cerró, no sabemos hasta cuándo. Eso preocupa.

—Ojalá que abra pronto... o que vuelva esa Mujer —lo digo en voz baja para que mi chiquita no me escuche.

Me escucha igual y pregunta.

—¿Qué mujer, ma?

—La que se parece al cuento de la abuela, ¿te acordás que dice que cuando ella era chica les entregaba guardapolvos, zapatillas y juguetes, y le había dado trabajo a su mamá?

—Sí, me acuerdo, porque dice que no me lo tengo que olvidar ni cuando sea grande.

Trabajo, me repito... eso sí que sería bueno.

Voy un poco distraída y de golpe la escucho que salta y me señala unas cajas tiradas y se ríe contenta con el hallazgo. Aprieto fuerte los dientes, soy joven todavía, y digo y me prometo: como sea y de cualquier manera van a zafar, ellos tienen que zafar.

Mientras tanto, sigo haciendo fuerza y arrastrando las ruedas.

INVISIBLE

Marta N. Luperini

*Pinto la justicia social, escribo la pasión por la vida,
bordo Memoria, Verdad y Justicia.*

Mis abuelos paternos eran tanos. Vinieron huyendo de la hambruna de la guerra con una niñita, mi tía Santina. Aquí nacieron mi padre y el tío Rodolfo.

Mi padre tenía el cabello oscuro y ojos color café y era “¡terrible!”, decían... Para ellos, no hacía nada bien y sus hermanos lo culpaban de todo. Mis tíos eran rubios y de ojos celestes, el orgullo de mis abuelos. A mi padre no lo veían, salvo para retarlo.

Cuando yo tenía siete años mi madre abandonó a mi padre y él se fue a vivir a otro país y no lo vi por mucho tiempo. Entonces fue invisible para mí también. Como ninguna de las dos familias lo quería yo no preguntaba por él, no lo extrañaba, no lo quería... era la nada.

Cuando la familia se reunía, íbamos todos a comer los raviolos de la nona, rellenos de acelga de su quinta y a veces con estofado de anguila que el abuelo iba a buscar a la costa de Domínico en bicicleta. También traía ranas y flores de zapallo; era su forma de estirar el escaso presupuesto.

Allí nos reuníamos todos. Menos mi papá.

Pero aparecía, ¿eh? En la sobremesa siempre aparecían dos temas. Uno, mi papá, para criticarlo: ¡es un tarambana, un irresponsable, un chiquilín! Él no estaba para defenderse.

El otro tema era la discusión enfervorizada entre el nono, el tío Rodolfo y el marido de la tía que odiaba al General. Eran discusiones “italoargentinas” a los gritos. Hasta que la nona gritaba “¡finiyela!”.

En esa casa no estaba permitido criticar a Perón, y menos a Evita. Los amaban, con ellos se vivía mejor.

Mi papá continuó siendo invisible durante muchos años. En mi adolescencia, comprendí que mi madre, a la que yo consideraba un ángel, era humana y tenía sus cosas, y me pregunté cuánto tuvo que ver ella en esa relación fallida. Pasó el tiempo, él apareció, había regresado y quería vernos. Lo vi, no sentí nada. Me molestó por mucho tiempo esa nada pero...

Él murió hace unos años. Ahora, después de tanto tiempo, una tarde lo recordé. Una honda tristeza me invadió y en ese momento me di cuenta que había sido maltratado desde niño.

Cerré los ojos y una dulce ternura me invadió hacia él... y juro, ¿eh? ¡Lo juro! Se hicieron presentes el niño que vi en alguna foto, ese joven, ese anciano. Vinieron hacia mí.

Los abracé y recién ahí pude decir: "Papá, te amo".

Mi papá se llamaba Luis. A partir de ese momento, dejó de ser invisible.

EL SANTO PROPIO

Alicia Panella

Mujer que propone y dispone.

Acurrucados bajo las camas, sabíamos que la calma retornaría cuando en el tocadiscos sonaran las primeras notas de “Perdóname”, el bolero preferido de papá.

Cuando eso sucediera, uno de los varones, ni el mayor ni el menor, se arrastraría por el pasillo hasta llegar a la puerta entreabierta. Con ojos entrenados no tardaría en encontrar las señales de la reconciliación. Atentos a su ademán, los otros cuatro dejaríamos el incómodo refugio para asomarnos como sombras al escenario de la tregua.

Dos cuerpos rendidos descansarían abrazados en la voz quebrada de Armando Manzanero cantando: *perdóname por malograr todo lo bueno que me has dado, por provocar las cosas malas que han pasado...*

Veríamos los pies de mamá junto a los de papá barriendo con pasos de baile los objetos desparramados por la ferocidad de la reciente batalla. Escucharíamos de sus labios agotados palabras de arrepentimiento y la formulación de un nuevo pacto.

Aliviados o con rencor, comprobaríamos que mamá había perdonado. En silencio esperaríamos el momento en que sus anchas caderas pudieran dar consuelo a la pena de cada hijo y que nos dijera, una vez más, que habíamos soñado o que todo era una broma.

Después, nos iríamos para no presenciar cómo ella ocultaría una a una las marcas de la humillación, y cómo él intentaría pegar los pedazos sueltos de platos, adornos y sillas.

Nos empujaríamos mutuamente para llegar a horario a la misa del domingo al mediodía. Ocuparíamos el último banco de la iglesia, reservado para los hijos y las hijas de Luisa y Jorge. En el confesionario, el más grande aceptaría la peor penitencia por haberse atrevido a desear lo indecible. Ajeno a las pautas del ritual,

el más chico seguiría sudando lágrimas y apretando los dientes, mientras nosotras, las hermanas, lo sostendríamos de los costados con nuestros hombros encorvados.

Se mezclarían en nuestras mentes la letanía de los rezos con la letra y música de “Perdóname” confundiendo el orden, el sentido y la intención.

La hostia se levantaría por delante del niño hecho hombre a la fuerza y de la niña hecha mujer antes de tiempo; alzaríamos las miradas humedecidas, juntaríamos las palmas de las manos y, arrodillados, hundiríamos el pecho dando gracias a Dios y a San Armando porque todavía teníamos madre.

Esa noche, en la habitación del murmullo, nos diríamos: *se aman y a veces sin motivo, sin razón, se enojan.*

LA MUJER RUBIA

Lilia M. Larrodé

Docente con las patas en la fuente.

El invierno siempre era más frío y húmedo en ese ranchito de chapas.

El único límite de la entrada al cuarto que compartíamos con mi hermana era una cortina de flores. Yo jugaba a contarlas cuando me despertaba mientras veía la sombra de mi vieja en la cocina, preparando la leche con tostadas con manteca.

Esa mañana desperté engripada. Mi viejo sabía qué hacer, agarró su bicicleta y se fue a una casa quinta cercana, juntó una bolsa de coquitos de eucaliptus y al regresar los puso en una olla con agua sobre la estufa a kerosene. Al cabo de unos minutos comenzó la alquimia de vapores que aliviaba mi congestión y calentaba la piecita de chapas.

Al siguiente domingo ya me sentía mejor. Entonces, como un ritual, nos pusimos nuestros mejores vestidos para almorzar en la casa de mis abuelos maternos.

A la hora del almuerzo, el grupo familiar se sentaba alrededor de la mesa. Mi mamá iba y venía de la cocina a la mesa para traer más comida. Todos comían menos yo. Me daba repugnancia verlos comer así, casi con desesperación.

Para no verlos, me concentraba en la fotografía que mi abuela había colgado en la pared. La mujer de la foto era rubia, de rodete, con aros y collar de perlas blancas y lucía un vestido hermoso. Mi tío Miguel decía que era una puta porque había sido artista de cine. Ese domingo se paró, tomó un raviol con salsa y se lo tiró al cuadro gritando “¡Viva el cáncer!”.

Corrí hacia la foto, me subí a un banquito y limpié el rostro de esa mujer rubia con mi saliva.

QUEROSÉN Y EUCALIPTO

Myriam Peradotto Jara

Soy la que fui, la que existe ahora, y ya cargo con la que seré.

*La memoria que forjamos en otros mediante nuestros actos
es la que traspasará el tiempo y las proscripciones.*

Abuela del cuento

Dejo las noticias un rato de lado, escuchar declaraciones insensibles, dichas por gente trabajadora, me borra la imagen de ese pueblo con los pies en las fuentes al que admiré. No soporto verlos defender intereses de ricos. Preparo un bizcochuelo de esos que me enseñó la nona, con casi nada y un poco de todo, los que nunca fallan cuando no tenés un mango. Miro por la ventana y veo pasar a un pibe con las manos emblanquecidas por la cal, un laburante como tantos de esta Argentina, al que ya no se le permite ni soñar. Observo cómo una mujer lo esquiva y se aparta de él, como si la humildad de ese muchacho se pudiera transmitir por contacto.

Aquella señora me recordó a la abuela de Roxana, qué mujer mala, tan mala como linda. Cuando chica, creía que la belleza solo era atributo de la gente rica. Para mí, ser rica era comer todos los días como se debe, tener ropa nueva, zapatos sin agujeros, útiles, y que te festejasen los cumpleaños.

Cierro los ojos y viene aquella niñez de carencias, heridas que aún duelen. Pero entre todo aquello llega la casa de la abuela, con ese aroma a eucaliptos, y, claro, llega ella. Recuerdo sus manos arrugadas, temblorosas, pero las más firmes que conocí. Sin forzar mi implacable memoria, puedo ver el delantal, sujeto con alfileres. Siento el aroma de su cabello blanco, el que, en el setenta y siete, comenzó a cubrir con un pañuelo. Intacto está, en mí, el amor por su modular con base de mármol blanco, herencia de su madre. En una punta, tenía la foto de Perón con su caballo pinto, y en la otra, la de Evita con vestido de gala. La abuela me contaba que esa rubia hermosa les había cambiado la vida a las mujeres que trabajaban en la fábrica Alpargatas; ella fue operaria muchos años ahí y contaba que Eva exigió que respetasen sus embarazos, sus descansos. *Obligó a los patrones a valorar al trabajador, ella y el General*, decía.

Vuelvo en mi mente a la abuela de Roxana, que en nada se parecía a la mía. Y con todos sus aromas y dolores aparece esa tarde del setenta y ocho, en la que al salir de la escuela fuimos a la casa de Roxana, y estaba esa mujer. Me preguntó por qué no llevaba cintas celestes y blancas en mis colitas, como todas las niñas habían acordado ponerse para el mundial de fútbol. Y agregó: *¿Acaso tu abuela no te enseña a ser una buena ciudadana?* Luego giró hacia donde estaba la mamá de mi compañera y le dijo: *Esa mujer no aprende, falta que lleve a esta pibita con ella a la plaza, ni con lo que le pasó aprende.* No supe cómo decirle lo que quería, a esa edad ya sentía la vergüenza que da la pobreza, la que muchas veces te hace callar. Intuí la saña de aquellas palabras y lo único que quise fue irme de ahí. Salí corriendo y me arranqué los elásticos que sujetaban mis colitas.

Cuando llegué a la casa de mi abuela y le conté lo sucedido, ella, con su sabiduría de barrio, exclamó: *¡De los burros sólo se pueden esperar patadas, querida!* Me miró tan fuerte y suave como sólo ella supo mirarme en la vida, después alisó mi flequillo con su mano y me dijo que jamás volviera a tragarme palabras que quisiera decir, porque estas se me iban a ir juntando en el pecho, hasta que un día no me dejaran hablar. *Gritá si es necesario para ser escuchada, pero nunca más salgas corriendo de ningún sitio en el que tengas algo que decir, ¿me entendiste?* Asentí con la cabeza.

Luego me abrazó, y juntas nos pusimos a pelar papas para hacerlas fritas. Sacó el tarrito de duraznos con eucaliptus, que hervía sobre el calentador, la garrafa se había terminado, y era mitad de mes, no quedaba otra que cocinar ahí. Esa noche, mi abuela lloró más que otras, ella pensaba que no la escuchaba, porque se tapaba la boca, pero yo me daba cuenta y la abrazaba fuerte, fuerte, y ahí fingía toser y se calmaba. Desde que mi papá y mi mamá no regresaron de sus trabajos, mi abuela me había llevado a vivir con ella. En su casa sólo tenía una cama, y dormíamos juntas. Por estar tan cerca una de la otra, sabía todo de ella. Todo lo que podía saber una niña de nueve años.

Bocinazos que vienen de la calle me vuelven al hoy, diecisiete de septiembre. Enciendo la tele y sí, por fin la cordura se hizo presente en mi Patria. Clarito se ve en el monitor: ciento ochenta y uno en verde, sesenta en rojo, uno en celeste. Un aroma a eucalipto y querosén me llega desde el pasado y arroja mi mirada al modular histórico, del mármol agarro el retrato de mi abuela, me lo pongo en el

pecho mientras observo, sobre aquella herencia blanca, sus herencias, mis herencias y las que orgullosamente algún día dejaré. Beso la foto de la abuela y la dejo con otras, que la acompañan. Colgados en los portarretratos están los pañuelos de nuestras luchas.

Vuelvo a la cocina, el aroma del bizcochuelo me avisa que está listo. La razón por la que no fui al Congreso hoy me pide que le sirva jugo y le ponga los dibujitos. Al cambiar de canal veo nuevamente declaraciones que rayan en lo surrealista. Me estoy por enojar, pero mejor no.

La abuela tenía razón, siempre tuvo razón: *de los burros solo se pueden esperar patadas*. Mejor dejo las noticias un rato de lado.

UNA FAMILIA ANTIPERONISTA

Martina Fernández de Lorenzutti

Con un pie en la tierra y el resto en despegue.

El barrio es elegante, como una isla en medio de la ciudad. Abundan los árboles de jacarandá de troncos sólidos con sus flores campanitas, que al caer tiñen de lila las veredas e impregnan el aire con un aroma dulzón. Al fondo, la calle Juez Tedín, y detrás, el ramal San Martín, el que va y viene de Retiro. La casa de los abuelos donde nací y crecí estaba a solo cincuenta metros sobre una calle perpendicular, desde donde se oían el pitar del tren y el arrastre de locomotoras y vagones. Escribo ahora en estos años avanzados porque mis débiles recuerdos morirán, como chispazos. Pero existieron, y según dicen los místicos, están en el registro akáshico que resguarda lo vivido, minuto a minuto, segundo a segundo.

Nací como hija única en una familia disfuncional, como deben ser casi todas las familias, pero de chica ese era un sentimiento imposible de eludir. Sentía que el resto eran familias perfectas: padre, madre y hermanos. Eso me diferenciaba, me hacía rara en mi concepción infantil. La mayoría de mis compañeros disfrutaban paseos en familia, en cambio, mi madre y mi padre dormían largas siestas los fines de semana. A mí solo me quedaba el entretenimiento de la televisión blanco y negro con la maratón del Cine de Superacción. Vivir en la casa de los abuelos tiene sus claroscuros, pero yo era feliz. A pesar de mi infancia solitaria, encontraba cómo llenar mis días más allá de la escuela. Mi mejor amiga era la nieta del almacenero, único comercio del barrio. Teníamos en común haber nacido el mismo día y año. Algunos sábados, a media mañana, una tomaba la iniciativa, llamaba por teléfono y repetía la misma pregunta: —¿Puedo ir allá o vos venir acá? E Inés, a veces, me decía: —Mejor hoy vení vos, que la abuela hizo milanesas y a la tarde podemos escuchar un disco de Sandro o ver la tele.

En casa se oía esta frase “Evita era una puta”. Yo ni sabía lo que era eso, pero intuía que no era nada bueno. Mi madre trasplantada desde Hamburgo, luego de casarse con mi padre al mes de conocerlo, llegó al país de la mano de su cónyuge sin hablar ni una sola palabra de castellano. Había acontecido hacía pocos años “la Libertadora” y fue arrastrada por unas primas de papá a ver la exposición de los

objetos personales de la señora de Perón, exhibidos de forma obscena. Zapatos, vestidos, pieles y joyas. Mi madre quedó impresionada por la arenga de las primas que comentaban el descaro de las lujosas pertenencias de la difunta.

En los setenta, ya en mi adolescencia, vi filmaciones de lo que había sido aquel monumental velorio. Colas interminables de hombres y mujeres bajo una lluvia gris plomiza que esperaban pasar por un segundo delante de ella. Caras de profundo dolor y lágrimas incontenibles. Eran muchos, miles y miles. Mientras miraba, no paraba de llorar, como si Eva hubiera sido una pariente cercana. Surgió en mí un sentimiento de orfandad y de poder entender el desgarramiento de un pueblo. Me dije a mí misma que alguien que despertara esas emociones no habría podido ser nunca una mala persona. Sin saberlo, empecé a ser peronista de manera incipiente, aunque tuvieron que pasar décadas para que finalmente me prometiera nunca más votar a un radical. Como siempre fui fiel hasta la exageración con el deber cívico del sufragio, jamás decliné ese compromiso, pero empecé a votar peronistas casi por descarte. El primero fue Néstor Kirchner.

Me obsesioné con Eva y leí todo sobre ella, incluso *La razón de mi vida*, al punto de que le dediqué una exposición entera de cuadros cuyo título fue: “Evita Eterna”, que se expuso en el Centro Cultural “El Telégrafo”, en pleno centro de Monte Grande.

Lo que más me gustaba de los domingos era cuando la invitaban a “La Ñata” Meireles Torres, una amiga de mi abuela. La Ñata tenía pelo color azabache muy largo que enrollaba alrededor de su cabeza con clips negros. Tenía piernas bien torneadas y usaba zapatos altos con tacones cuadrados. Siempre muy maquillada. Era viuda de un hombre que le había dejado una magra pensión que apenas le alcanzaba para vivir en un hotel, y atendía un kiosco. Ella y su hermano Carlitos, un petiso simpático, se jactaban de ser primos hermanos de la escritora Silvina Bullrich.

En casa se almorzaba religiosamente a la una. Ella llegaba quince minutos antes para una breve charla, y cuando la mucama del comedor –vestida con su uniforme con delantal al tono– anunciaba que la comida estaba lista, íbamos hacia allí. Nos sentábamos en una larga mesa puesta con individuales bordados, solo para ocasiones especiales, con las servilletas dobladas sobre cada plato, según instruía mi abuela. Luego de terminar el almuerzo, se pasaba a los sillones

del living a esperar que se sirviera el café. Ñata era muy charlatana. A mí, todo lo que decía me interesaba. Era fanática de Guerrero Martinheitz, conocido entonces como “el peruano parlanchín”.

La Ñata lo escuchaba todos los días por la radio. Contaba que la película argentina *La valija*, del director Enrique Carreras, con Luis Sandrini y su mujer como protagonistas, tenía dos finales, uno para los cines del centro y otro para los barrios. El peruano lo descubrió y se armó un gran revuelo, al punto de que Malvina Pastorino, la mujer de Sandrini, vociferaba: “¡Qué se cree, ese gran señor de la ensalada!”, aludiendo a una publicidad de vinagre del programa radial. Ñata también relataba que en la época de Perón los libros escolares traían textos que decían: “*Evita es el hada buena de los niños*” y se los obligaba a venerarla. Según ella, el peronismo era lo peor que le había pasado a la Argentina, “No como ahora –decía Ñata– que gobiernan los militares”.

Yo no tenía idea de que Perón era general del ejército. De eso no se hablaba. Sí conocía algo de la marcha por Francisca, oriunda de La Pampa y una institución en la familia, una morocha que cepillaba con ahínco los zapatos mientras tarareaba: Perón Perón, qué grande sos...

Difícil llegar a ser peronista desde semejante entorno, pero la vida nos lleva por caminos a lo largo de los cuales se toman decisiones tajantes. ¿Cómo no dejarme seducir por su doctrina? ¿Cómo no enamorarme de un movimiento donde todos y todas tenemos la misma importancia?, incluidos los líderes naturales. Ser compañera o compañero es sentirse en familia. Sin duda vamos a volver, más temprano que tarde, porque *los días más felices son los días peronistas*.

ELLA ME QUERÍA

Lucía Borello Taiana

Enamorada soy y estoy. Beso todo lo que puedo.

Mi abuela paterna era gorila. Megagorila. Archigorila. Hoy vivo en su casa y cuelgo cuadros de Evita, de Perón, de Cristina, de Néstor y Néstor y Néstor. Igual creo que incluso en sus últimos años de vida, aun con Alzheimer y todo, ella olía que yo respiraba peronismo y transpiraba kirchnerismo. Pero igual me quería, y cómo me quería... Venía a buscarme a la escuela, siempre con traka traka y caramelos. Y los fines de semana eran de la mano por el Museo de Bellas Artes. Aunque ahora su casa sigue siendo su casa pero habitada por mí y huele a peronismo, también huele a sus recetas de pastas y a sus milanesas con mucho ajo ajo ajo. Y hay muchos libros, como en los que ella nadaba como profe de letras, como gran señora del castellano: “No se dice español, se dice castellano”. También la casa conserva su banda sonora, siempre el grabador prendido, y suenan algunos tangos. Y la melancolía y “la concha de la lora” y “pelotudo” siguen escuchándose, ahora de mi boca, de las canciones que escucho y canto y de mis amigos y amigas que no conocieron a mi abu pero que de alguna manera, al pisar su suelo, conocen mi hogar y el de ella.

¿Qué comería Abu en los picnics? Seguro, Tita y Rhodesia no faltarían. Me pregunto si su receta de flan de coco es un falso recuerdo ¿Por qué no me acuerdo de su sabor? Entonces, ¿será verdad? No importa. Lo que importa es que el recuerdo (falso) de su flan, el recuerdo de ella con sus labios rojos en su sillón rojo, achís achís, “estoy a la miseria” –su frase alérgica de cabecera– estarán en mi mente para siempre.

En su freezer, siempre una cubetera con pesto, y los domingos al mediodía, ravioles en su casa. Los domingos, cuando ya estaba peor, nos encontrábamos en Torcuato, el restaurante de la esquina de Pueyrredón y Charcas, y una milanesa seguro te comías, aunque no sé por qué siempre te recuerdo comiendo pastas.

Generala en las noches uruguayas de verano. Ahí fue cuando aprendí a jugar a los dados. Ella, buena jugadora y puteadora: “las malas palabras no existen”. Para ella

importaba el momento en que las usábamos para ser consideradas malas o buenas. En el auto se te venía encima, como si de vieja hubiese perdido el balance o la conciencia de su peso y su cuerpo todo.

Cuando murió, yo tenía 22 años. Escribí un texto a mano en un papelito. El velorio fue a cajón abierto. Habíamos elegido su ropa, una de las únicas camisas de colores y flores que conservó hasta el último día. Yo quería poner las palabras escritas para que se fueran con ella. Me daba no sé qué tocar ese cuerpo frío y duro, ido pero cercano a la vez. Entonces mi mamá lo agarró y lo puso debajo de la solapa de su camisa verde, negra y blanca. Le deseaba un buen viaje y un buen reencuentro con el abuelo.

El último tiempo en el geriátrico la veía poco y lloraba toda la visita. Cuando me recomponía y secaba los ojos y la nariz, notaba que ella ni se había percatado de mis lágrimas, permanecía inmutable, sus ojos perdidos ni siquiera enfocaban en la pared de su habitación. Para no llorar, agarraba un libro y le leía. Y ahí es cuando ella me miraba o, al menos, volvía a conectar con las palabras. Entonces estaba conmigo una vez más, un rato más.

ELOGIO DE ENCONTRAR(LA)

Milena Peroni

Estudiante eterna, feminista ídem.

El que guarda siempre encuentra, decía mi abuela. Mujerón petisito, con las manos gastadas por la producción fabril de toscanos, inteligente y cascarrabias, siempre con un dicho en la punta de la lengua, guardaba por toda la casa distintos tesoros. Su vida estuvo signada por innumerables tragedias que yo le escuché contar una y mil veces.

Durante mi niñez pasé mucho tiempo en su casa, jugando bajo el limonero, revolviendo cajones de aparadores y muebles que había por doquier, llenos de retazos de telas, hilos, papeles de todo tipo, planos del loteo de su casa, hasta medallas de la Primera y Segunda Guerra Mundial de sus ancestros que habían ido a pelear por la Patria. Cosas que nadie podría imaginar que se hallaban allí, pero sí.

La abuela contaba tantos cuentos porque los había vivido, desde descubrir al diablo agazapado en la habitación, como cocinar y planchar con leña, sus estudios de corte y confección, hasta los maltratos de sus madrastras que, a mis ojos de niña, la convertían en Cenicienta.

Esa mujer había vivido todos sus cuentos. Una tarde, mientras ella tomaba mate, revolviendo los cajones de la máquina de coser encontré un papel cuidadosamente doblado y amarillento que llamó mi atención.

—¿Y esto? ¿Qué es, abuela?

—*Es un telegrama que nos mandaron para avisar que mi mamá había muerto*— dijo, como si nada.

Conocía de memoria la interminable lista de madrastras maléficas y hermanastros nefastos que había padecido, pero lo cierto es que nunca me había contado nada sobre su madre.

Esa tarde, curiosidad mediante, me contó lo poquísimo que había llegado a saber. La leyenda decía que había terminado loca por un palazo en la cabeza que le dio otra loca, cuando su pequeña hija tenía dos años. Que se perdía por las calles y la policía la devolvía a casa. Que obligaron a su padre a internarla en un psiquiátrico en otra provincia, del que no se supo más nada, solo ese telegrama que anunciaba su “triste y solitario final”.

No había casi respuestas para las preguntas. Los años pasaron, e intenté averiguar con sus hijos, qué sabían de esta historia, de esa rama del árbol que se quebró, pero nadie tenía más relato que el de la abuela.

Quizá por eso ella guardaba todo, no importaba dónde, pero guardaba para luego encontrar, porque nunca pudo hallar a su madre en la historia oficial.

LOS PANFLETOS

Julia López

Me matan si no trabajo, y si trabajo me matan.

Eran días nerviosos. Después de la homilía del 25 de mayo quedó claro el enfrentamiento de la Iglesia con el gobierno. Cuando salía este tema, el almuerzo tenía momentos tensos que nosotros, los chicos, no entendíamos bien. Mi papá y mi abuelo, ambos opositores a Perón, se sacaban chispas. El abuelo era franquista y creía en la derrota militar, papá se inclinaba por la oposición en democracia, aunque los dos buscaban lo mismo: la caída del gobierno.

Algo había pasado en la parroquia Nuestra Señora de la Guardia, enfrente de la casa en la que vivíamos. El abuelo estaba muy enojado porque en esos días no podía entrar a cualquier hora a rezar y, como era su costumbre, a preparar el festejo de San Antonio de cada 13 de junio. La competencia entre padre e hijo no ayudaba: la iglesia, gracias a la participación de su feligresía, era parroquia y estaba en obra -papá era el constructor-, llena de andamios y obreros que trabajaban sin descanso porque se acercaba la inauguración. El abuelo era un ferviente devoto del santo desde su infancia y lo festejaba como lo había hecho en su pueblo, allá en Galicia, con los bollitos de San Antonio -una masa dulce con sabor a anís- que él repartía a la salida de la misa en homenaje al santo. Su orgullo era donarlos año tras año.

Cada año se ocupaba de ver al panadero que haría los bollos, cuántos y a cuánto, porque desde que su amigo había fallecido ya nadie los hacía gratis y él los pagaba con su jubilación. Calculaba cuántos asistirían y encargaba tres por persona. El día anterior a la ceremonia llegaban los canastos a casa. Mis hermanos y yo comíamos los que podíamos hasta hartarnos y él, ciego, descubría el robo por el peso de la canasta. Furioso, reclamaba a viva voz por nuestra educación.

Era mayo y el abuelo estaba ocupado en limpiar el altar de la Virgen del Pilar y el del propio San Antonio, una estatua tan alta como él que había donado y que ahora lucía tal como él lo había soñado. Aún faltaban detalles de la obra y los

preparativos del abuelo se retrasaban. Toda previsión era poca por su deficiencia visual.

Pero los obreros y los trabajos de obra no eran el único impedimento para que el abuelo cruzara la calle, pues ya se hablaba de que había un golpe en ciernes y los panfletos contra el gobierno eran el pan nuestro de cada día entre las familias católicas que tenían a Perón como un enviado del demonio. Mi papá era un contacto en la edición y reparto de esos panfletos y así, acompañándolo, conocí todo convento de Buenos Aires que tuviera imprenta y toda casa de Florida que estuviera con el golpe destituyente, porque ahí dejábamos pequeños paquetes para repartir panfletos entre los vecinos.

Era muy chica para ver la dimensión de lo que se planeaba, pero me daba cuenta de que era contra los otros, “los cabecitas negras” que mi tía defendía. Con toda la fuerza de su voz argumentaba: “¡Son como yo, papá! ¡Mire mi piel! No sé por qué los trata así”. Y ahí se armaba la bronca. Al oírlos, mi mamá, con la excusa de su embarazo, decía que ya tenía suficiente con las locuras de su marido, que pararan con esos gritos que habían despertado a su bebé más chico.

En las recorridas acompañando a papá, entrábamos en los conventos de la Pía Sociedad de San Pablo, donde los paulinos tenían unas imprentas gigantes gracias a las promociones de Perón. Allí, mi hermano y mi hermana eran novicios y mi tío estaba estudiando para cura. Una cobertura perfecta para cualquier correo subversivo: un hombre acompañado por su hija, una nena de cinco años, pienso hoy. Solíamos salir de los conventos cargados de paquetes que repartíamos entre las casas bonitas de Buenos Aires, donde se repetía la escena: entrábamos, a mí me llevaban al comedor y me mimaban con golosinas, tortas o leche con chocolate y papá desaparecía en compañía del dueño de casa hacia algún rincón donde se demoraba un rato y volvía con las manos vacías, y así hasta que en el auto no quedaban paquetes.

Ese año, 1955, la obra de la iglesia estaba lista, ya habían retirado los andamios de la fachada para tranquilidad de mamá que se desesperaba cada vez que se daba cuenta que estábamos jugando en la obra de enfrente, convertida en nuestro parque de diversiones. Encontrarnos trepados en los andamios, charlando con los albañiles que trabajaban, era para mi papá cosa de todos los días. Conocía sus chistes y el cariño con que cumplían la indicación de cuidarnos. En especial, Tula

—a quien por años creí constructor de iglesias—, el menor de los Geres, familia mocoví de Santiago del Estero que había llegado a Buenos Aires para trabajar en la construcción. Yo sabía que Tula tenía varios hijos, uno con hidropesía que vivía en un establecimiento de la Fundación Evita. Él no paraba de hablar bien de Evita y llorar su muerte. Se enojaba cuando alguno de los que trabajaban en la obra se manifestaba contra el gobierno. Solo se callaba si estaba mi papá por ahí, él sabía que era antiperonista, no sé cómo, tal vez era una cuestión de piel aunque mi papá también era cetrino. En el fondo, se tenían respeto mutuo: Tula era el mejor de la obra, nunca faltaba, y eso era valorado por su patrón. Una paga justa aseguraba el vínculo.

La que nunca hablaba mal era mi mamá. Para mí que, como la tía Victoria y mi madrina Lola, obrera de la Nestlé que vivía con nosotros, era peronista de alma. Las tres mujeres habían votado por primera vez gracias a Eva y estoy segura que mi madrina votó a Perón en el 52. La tía y mi mamá no sé, porque eran muy cuidadosas y sabían mentir para no pelear con la familia.

Los López de Florida éramos católicos y en esos años eso era sinónimo de antiperonistas. Asian, el médico de la quinta presidencial que nos atendía, no perdía oportunidad de invitar a mi papá a afiliarse al Partido Justicialista. —¡Pena que no estés con nosotros, Lopecito! —le decía— podrías ser intendente.

En este clima de tensión llegó junio del 55. Los opositores, incluidos los militantes del PC, se preparaban para una manifestación imponente en la celebración de Corpus Christi. El viernes 10, mi papá me dijo “vení conmigo, vamos a pasear”, y salimos en su camioneta Ford 47 rumbo al centro, pero esta vez no fuimos a las casas conocidas, sino que entramos en un garaje. Allí no solo había paquetes con panfletos, sino también cajas largas de madera y otras pequeñas, metálicas, cubiertas por maderas de obra para no ser vistas. Cuando volvimos, papá me dejó en casa. Desde la ventana vi que entraba en la obra de enfrente donde él y otra gente que yo no conocía bajaron las cajas y las guardaron en el depósito. Después del almuerzo salimos otra vez y en esta vuelta repartimos rápidamente los paquetes. Es más, en muchas de las casas me dejó en la camioneta esperándolo. En la última volvió con una caja metálica que colocó detrás del asiento y yo, curiosa, le pregunté qué era. Me contestó, entre nervioso y atropellado, “herramientas para trabajar”.

En esta vuelta no me habían convidado con chocolates, y mucho menos galletitas o caramelos. Aburrida, crucé a la obra. Todos estaban muy nerviosos en casa, con los obreros estaría más tranquila y entretenida, jugar con arena me encantaba. Tula estaba, como todos los días, preparando material, y se sorprendió al verme:

—¿Qué hacés acá? ¿Tu papá sabe? Quédate conmigo aquí, no es un buen día para andar recorriendo la obra, ¡hay gente que no conocés!

—Tula, hoy es un día raro, en todos lados pasan cosas, hasta la madrina está nerviosa, algo pasó en la fábrica que volvió antes, estaba en casa de mal humor y escuchando la radio bajito, bajito, encerrada en el cuarto. Ella, que siempre está contenta, cantando tangos, hoy estaba con cara de asustada, prefiero quedarme acá.

—Te podés quedar, hoy tu papá me pidió que me quede de sereno, así que podés quedarte hasta que se den cuenta de que no estás y te busquen.

Comencé a construir mi casa de muñecas en la montaña de arena. La llenaba de detalles, la arena estaba húmeda y era sencillo darle forma. Mamá sabía que Tula se quedaría a pasar la noche en la obra de la iglesia y cuando me vino a buscar le trajo comida caliente. Luego supe que se quedaba a cuidar cajas con armas.

Mi hermana y tres de sus compañeras novicias pasarían el fin de semana en casa. Habían tomado como precaución dejar los conventos vacíos, ya que se hablaba de un golpe inminente. La mañana del 11 de junio de 1955, la casa hervía de gente que entraba y salía con panfletos. Los que venían cruzaban a la iglesia y volvían con un brazalete con los colores papales. Mamá les ofrecía café y mi abuelo trataba de ver con quién iría, porque él, católico militante y antiperonista practicante, no podía faltar ni siendo ciego para echar a Perón y su banda de facinerosos. La tía Victoria, la de piel cetrina, también iría. Ni la madrina ni mamá saldrían de la casa, tampoco los chicos.

Esa mañana, la procesión se transformó en una enorme movilización: 250.000 personas guiadas por líderes opositores caminaron desde la Catedral al Congreso. Al llegar, quemaron la bandera argentina e izaron la bandera pontificia amarilla y blanca, expresión del conflicto por la ley del divorcio y el reconocimiento legal de hijos extramatrimoniales. Ambos temas le interesaban especialmente a mi mamá y a mi madrina, quienes pegadas a la radio seguían el curso de los

acontecimientos. Mamá sintonizaba Radio Colonia, de Uruguay, con noticias de los insurgentes, y en otra radio mi madrina escuchaba Radio El Mundo, afín al gobierno.

Ese día, todo se volvió confuso y violento. Mamá lloraba, la madrina rezongaba y yo no entendía nada, así que en cuanto pude me escapé otra vez a la obra. Allí estuve hasta que volvieron los jóvenes de la Acción Católica, que entraron en el depósito y comenzaron a subir las cajas a la torre de la iglesia para repartirse armas. Papá y otros vecinos se ocuparon de organizar esta defensa, sabían que haber quemado la bandera argentina en el Congreso tendría consecuencias. Con el correr de los días, las reacciones de los vecinos se hicieron más violentas, hasta que cayeron las bombas en Plaza de Mayo y los muertos y heridos sellaron con dolor este capítulo de la historia.

Al otro día del bombardeo, Tula, con el diario en la mano, lloraba como un chico. Aún estaba en la iglesia como sereno, cuidándonos. `

—¿Por qué llorás, Tula?— le pregunté.

—Hoy tengo que ir a buscar a Miguel a la Fundación, cierran el hospital y lo tengo que llevar a casa. Cómo vamos a cuidarlo, vivimos tan lejos. No tenemos quién lo cuide. No tenemos quién nos cuide, Julia.

EL HEDOR DEL RÍO

Santiago García

Del pesimismo de la razón al optimismo de la voluntad.

Al caer la noche, Hermes empezó a sospechar. Con abrigada paciencia se preguntó sobre el destino de su decencia, o lo infecundo de su afán por la bondad. Aquel salitre que había brotado en el piso de la sala de estar no lo sorprendió, hasta que empezó a advertir la corriente estruendosa de agua, hedor y barro por el largo pasillo interno de la edificación.

Desde hacía tiempo, la humedad había oxidado las bisagras de las puertas y ventanas, viciando con un olor ferroso las treinta salas. Ni puertas ni ventanas se podían abrir.

En el salón comedor, el piano ofrecía melodías desafinadas. En la cocina, los utensilios de metal transmitían una gélida confusión. Preparar los platos abundantes para sostener el privilegio social de la familia se había vuelto una tarea difícil.

Cortar el pescado congelado, hervir agua y convivir entre el olor a barro que emanaba desde debajo de la mesada contrastaba con el hablar refinado y el despliegue del banquete más allá de la cocina. La cocinera principal, en un ataque de claustrofobia, falleció intentando cortar cebolla. Le cerraron los ojos y la envolvieron en trapos. La llevaron a la parte menos transitada de la alacena. Más tarde, los cuerpos encharcados en sangre y barro se iban a acopiar ahí.

Entre manjares, bebidas finas y risas, los invitados disfrutaban sin comprender aquello que Hermes ya sospechaba. De los mosaicos del piso empezó a brotar un río que se adentró en la sala, arrastrando la calidad de los vinos, los manjares celebratorios y los cuerpos de incautos que descubrían en ese momento su naturaleza de mortales.

El agua, que había brotado de forma repentina, ahora reposaba tranquilamente debajo de los tobillos de quienes se habían salvado de su furia. Los sobrevivientes

intentaban mostrarse serenos luego de arrastrar a los heridos a la vera de una mesa despedazada.

Animados por la inutilidad de intentar escapar, los comensales decidieron esperar la comida o el río. Los más experimentados, ajenos a todo hedor, miraban con indiferencia a los apesadumbrados. Hermes se preparaba con ansiedad para el nuevo movimiento del agua, pero sus energías se agotaban. Falleció observando a quienes reclamaban un mejor menú a la única cocinera con vida.

VILLA CELINA, ONCE PABELLONES

Gabriela V. Schinocca

Tengo la costumbre de desordenar el orden.

Desde que tengo memoria fui testigo de las discusiones políticas entre mi madre, el tío Lolo, peronistas, y mi padre, socialista. Decir que eran apasionadas me salva de contar lo violentas que eran. Vaya uno a intentar levantarse de la mesa para escapar de esta rutina dominguera. Peleas frente a nosotros por el reparto de los terrenos del abuelo. Los chicos nos juramos entonces no pelear jamás por dinero, pacto sagrado que cumplimos todos. No nos arrepentimos.

Villa Celina, once pabellones, departamentos de cuatro ambientes, baño, lavadero, cocina, incinerador en cada departamento, calefón y balcón, adjudicados por el gobierno peronista a través del Banco Hipotecario para cada trabajador. Derrocamiento de Perón, dictadura de Aramburu. El que nos correspondía, octavo piso, departamento 35, nos lo sacaron para dárselo a la hermana de un militar. Todos al 7° 33, el de tío Lolo, que le fue adjudicado porque era Campeón Argentino de Box, tapa de *El Gráfico* de ese año y muy amigo de Lecture padre, el dueño del Luna Park. Tío Lolo, mi mamá, mi papá, la abuela y nueve chicos. Y empieza el baile.

Celina, casa propia y la promesa de una vida feliz. El olor a tierra mojada, las chacras y las largas filas de eucaliptos. Infancia intensa, arrasadora y musical. Porque nunca faltaron la música, los cuentos y las palizas. Caminatas en el barro con tío Lolo silbando óperas, tangos, la marcha peronista. Silbar, juntar caracoles y ranas para comer, cruzar el puente del caserón de Rosas, juntar trampas y tesoros y volver embarrados hasta las pestañas, bañarse las nenas juntas primero y los varones después. Sentir el beso de mi papá antes de irse a trabajar, saberlo triste y agobiado.

Villa Celina, gris y fría, nos regaló vecinos famosos y demasiados vecinos militares: Alberto Vaccarezza, hermano del escritor, Jacobo Bolbochan, ajedrecista, uno de los choferes de Rojas, las sobrinas de Lonardi. Ni vencedores ni vencidos, azules y colorados, los tanques rompiendo los pisos de las entradas de los edificios y un

milico en cada casa para alimentar. La abuela pidiéndole a mi mamá que nos pusiera pantalones para que no nos violasen. Surrealismo visual, gigantes de cemento en medio de las quintas de lechuga y acelga.

Celina, las ventanas sacudidas por el viento, la oscuridad enorme de la noche y temer que el viento se llevara a mi papá. Quererlo tanto y perderlo tan pronto.

Dormir de a dos aliviaba del frío y el miedo. Los guisos, una rodaja de choclo y a la cama. Asustar a la tribu con los cuentos de la vieja Abadí y el monstruo debajo de la cama, para que nos durmamos de una vez. Aprender a escribir con la abuela que estaba ciega y quería morirse porque estaba cansada. Mis ochos años despertando mojados, durmiendo a su lado. El miedo de morirme con ella. Lavar la ropa a mano y escribir en la pared del lavadero poesías tremendas para que las leyera mi mamá y sintiera culpa. Cachetazos, ropa heredada y siempre la sensación de hambre.

La escuela, aprender con alegría de la señorita de tercer grado, que era hermosa y nos cantaba. Volver a casa caminando y leer en alguna pared "Evita vive". ¿Cuánto tiempo me angustió esa frase? "¿Dónde está?", le pregunté a mi mamá. Quizás lo sabía porque en su mesita de luz tenía escondido el libro *La razón de mi vida*. Me sentí privilegiada por saber su secreto y la admiré por ese gesto.

Me apenó que no pudiera disfrutar la vuelta. Quizás por ella y por eso estoy aquí.

EL TEST

Alejandra Hoher

*Vivo en la capital del río,
frente a las barrancas y el lapacho florecido.*

Mi formación docente comenzó en 1973, cuando me inscribieron en primer grado de la escuela Mateo J. Molina de La Falda, Córdoba, mucho antes de haber elegido ser profesora.

Un día, antes de comenzar las clases, la directora de la escuela me hizo sentar al otro lado de su escritorio y me fue entregando hojas impresas con las que tenía que realizar actividades. Primero tuve que recortar figuras de contornos redondeados con una tijerita escolar. Aún no había terminado cuando la directora me dijo que dejara la hoja y la tijera. Me explicó que debía recorrer con un lápiz el camino entre la casa y el árbol. Ella controlaba el tiempo mirando su reloj pulsera, acostado sobre el escritorio blanco.

Cuando terminé, me ordenó:

—Di *caballero*.

La miré sin comprender.

—Di *caballero* —repitió.

En mi casa usábamos el “decí”, nunca “di” o “dime”. Me sentía perdida entre esas palabras desconocidas, pero algo se activó dentro de mí y dije “caballero”.

Finalmente, me asignaron al primer grado A. Mi mamá me explicó que había tres divisiones, A, B y C, donde habían ubicado a los niños según el resultado del test que había realizado la directora: al A iban los “rápidos”, al B, los “menos rápidos” y al C, los “lentos”. Mi mamá me dijo que todos los niños recibíamos las mismas enseñanzas, pero adaptadas al ritmo de cada uno ¿Qué dificultades habrían tenido los alumnos de las divisiones B y C para completar las consignas en los tiempos que algún experto habrá señalado como óptimos?

Recuerdo que algunos días nos llevaban al aula del B o el C para escuchar el disco de las ardillitas que cantaban las tablas de multiplicar. Los varones jugaban a la pelota en un patio de tierra mientras las niñas nos quedábamos en el patio embaldosado. La división nos dejaba marcas sutiles.

Los grados inferiores asistíamos al turno tarde. Durante un recreo nos daban una merienda que consistía en un mate cocido y una *galleta de campo* riquísima. Mi mamá me dijo que esa merienda era para todos los chicos, los que tenían dinero y los que no. La división se hacía presente allí también, de alguna manera.

Un día, a una compañera se le cayó la galleta y yo la pisé, no sé por qué. Mi amiga Naty me dijo que era pecado hacer eso con el pan. A Naty le encantaba escaparse de las clases y me llevaba de cómplice para treparnos a la rama ancha y baja del árbol que crecía en el patio de los varones, oculta por un tapial, una frontera entre territorios que nos animábamos a traspasar.

A la escuela primaria íbamos de guardapolvo blanco y con un portafolios de cuero marrón. En el mío llevaba la cartuchera, un cuaderno diario y uno para tareas con forro azul de papel araña, la lapicera fuente y el papel secante, un cuaderno del que sobresalían las letras del abecedario donde anotábamos las palabras nuevas, unos juguetitos de plástico que venían como sorpresas de alguna golosina, papeles glasé lisos y brillantes, punzón, plasticola, tijerita, la letra “e” que el viento dibuja cuando sopla las hojas del otoño, la letra “a” que se da la mano con sus compañeras, la letra “o” que es un mate, la letra “p” que me enseñó la maestra a dibujar como un hombre con una mochila porque no me salía, el calor de la llama de la vela por donde una enfermera pasó la aguja de la jeringa con la que nos vacunaron y nuestros gritos cuando entraba la señorita Azucena, que repasaba el piso por debajo de nuestros pies con un lampazo al que llamábamos “la araña”. La maestra se olvidó de guardar en mi portafolios el “pergamino” donde firmaron mis compañeros cuando me mudé a Paraná con mi familia.

Terminé la escuela primaria en “la del Centenario”, donde cursé desde cuarto hasta séptimo grado. Las divisiones A, B y C asistían en el turno mañana, mientras que la D, del turno intermedio, estaba formada por los que iban al comedor escolar. Solo compartíamos con ellos algún acto, cuando la señorita Pochi con su guardapolvo impecable y sus rulos bien armados tocaba el himno en el piano del salón. Allí las divisiones eran menos sutiles.

Veinticinco años después, me encontré ejerciendo la docencia en un barrio bien cerca del río, en una escuela que tenía comedor. Para poder ingresar yo formaba fila junto con mis estudiantes. Un día descubrí que mis alumnas de sexto año intentaban convencer a la cocinera de que las dejara pasar primero porque iban conmigo que era su profesora y, además, la directora de la escuela. Como el test que tuve que responder en la escuela ya no estaba en mi portafolios, hicimos la fila como todos, sin divisiones ni privilegios.

UNA GATA PERONISTA

Sergio Suárez

Palabras con gatillo.

La ideología, las creencias religiosas, los gustos, la simpatía por un equipo de fútbol, se aprenden en las primeras épocas de nuestro crecimiento y formación. Se puede discutir mucho sobre esta afirmación. Dependiendo de la intensidad con que se viva el fútbol, la religión, la música o cualquier otro aspecto de la vida, en una familia es muy posible que los hijos compartan gustos y credos familiares. Al menos eso es lo esperable durante los primeros años. Luego la adolescencia, con sus ímpetus y llamados a la rebeldía, suele inducir a que los hijos se distancien de los gustos, pasiones o colores de sus progenitores. ¿A quién no le pasó? Nada es demasiado grave.

Mi hija cumplió años y, entre los regalos de familiares y amigos, recibió una gatita preciosa que rápidamente se ganó el cariño de todos, por ese maravilloso encanto que tienen los cachorros de casi todas las especies. Fue el presente más querido, mucho más que cualquier otro. La ropa, los cosméticos, la tecnología... no pudieron competir con la emoción que generó ese pequeño animalito en el corazón de mi hija.

Claro, una mascota tan pequeña requería de cuidados y una pronta visita al veterinario. La información obvia solicitada por el profesional es, en estos casos, la fecha, al menos aproximada, de nacimiento, para poder programar las futuras vacunas y visitas de control. Mi hija, fiel a su conducta exigente, no quiso conformarse con el "masomenismo" típico de los adultos y llamó telefónicamente a sus antiguos dueños para saber con exactitud el día del nacimiento de su nueva mascota. Felizmente para ella, la respuesta fue rápida y concreta. La gata madre había parido en la mañana del 17 de octubre pasado.

A partir de ese día, "Michi" cambió su nombre para el definitivo e indiscutible "Evita". ¡De qué otra forma podría llamarse! Así fue anotada en la ficha veterinaria y así fue llamada hasta el día de hoy. En mi opinión, no fue el mejor nombre que mi hija pudo haber elegido para la gata, pero qué podía hacer yo. Cosas de adolescente, pensé. ¿Cómo explicar a mis hijos que, en épocas de grietas políticas

profundas como las que vivimos, un nombre tan afín al peronismo podría limitar nuestras relaciones y vínculos con otras personas? Cualquier opinión en contra o mínima acción disuasoria que intentaba era castigada con la inefable marcha *Los muchachos peronistas*, coreada por mis hijos.

Pensé que esto sería una travesura de adolescentes e intenté no volver a reclamar nada con la confianza en que el tiempo obrara en favor del olvido.

La gata creció y su integración con la familia fue maravillosa. Estableció una hermosa relación, especialmente con mis tres hijos. Claro, yo no era su preferido porque estaba poco en casa y porque por las noches la actividad en el hogar disminuía. La gata estaba siempre en brazos de alguno de los chicos o durmiendo en algunas de sus camas. Incluso, según mi esposa, se encerraba con ellos en el cuarto donde practicaban música e invitaban a sus amigos a tocar instrumentos y cantar.

Llegó el día de su cumpleaños. Los chicos habían preparado una fiesta ¡una fiesta para una gata! Al igual que un gato de circo adiestrado por entrenadores rusos, Evita desfiló al compás de la marcha peronista ejecutada por mis hijos con un discurso de Eva Perón como sonido de fondo. ¡La gata parecía haber nacido para desfilarse y moverse al compás de la marcha! ¿Cuántas horas de entrenamiento habrían dedicado para que pudiera descender las escaleras y marchar en el circuito indicado?

Hoy, pasados algunos años, ya me acostumbré a escuchar la marcha con mayor frecuencia de lo que quisiera. Un sabor amargo recorre mi garganta cuando caigo en la cuenta de que en mi casa hay una gata peronista... y tres hijos militantes.

*El peronismo es esto: una marea
de esperanzados rostros trajinando
para ocupar su sitio en la colmena.*

*El peronismo es esto: una vorágine,
una pasión escrita con anclaje
en la alegría con que el pueblo sueña.*

*El peronismo es esto, se debate
en las tribunas de las cosas nuestras,
en las plazas, las fábricas, las calles
donde damos cantando la pelea.*

*Lo quisieron matar a puro golpe,
podando sus raíces de la tierra,
le quitaron la voz, lo encarcelaron
pero volvió a ser luz y primavera.*

*Volvió a ser destino y huella ancha,
a ser causa y cauce, a ser lumbrera,
cataclismos y fiesta y llamarada,
volvió a ser canción y a ser bandera.*

*Lo vimos regresar por todas partes
porque el sueño que trae es cosa seria.
Donde estuvo y está la hoguera arde,
donde estuvo y está la patria es nuestra.*

Teresa PARODI